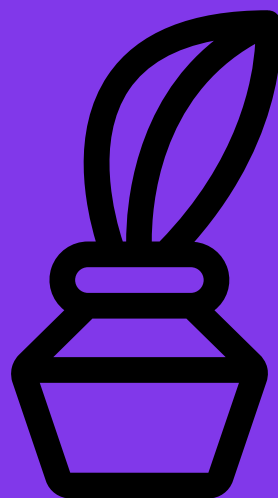


GANADOR
X PREMIO NACIONAL
DE LITERATURA 2019
MENCIÓN CRÓNICA

ARMANDO JOSÉ SEQUERA

Crónicas de la demencia cotidiana



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte

Crónicas de la demencia cotidiana. Premio Stefania Mosca 2019

Premio Nacional de Literatura Stefania Mosca, 2019

ARMANDO JOSÉ SEQUERA

*Crónicas de la demencia
cotidiana*



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte

Colección Premio Nacional de Literatura Stefania Mosca. Crónica

© Fundación para la Cultura y las Artes, 2020

Crónicas de la demencia cotidiana

© Armando José Sequera

Al cuidado de:

Melissa Fernández

Diseño y concepto gráfico general:

Kevin Vargas

Edarlys Rodríguez

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: DC2020000493

ISBN: 978-980-253-758-7

FUNDARTE. Avenida Lecuna, Edificio Empresarial Cipreses,

Piso Mezzanina 1, Urb. Santa Teresa Zona Postal 1010

Distrito Capital, Caracas-Venezuela

Teléfonos: 0212-541-70-77 / 0212-542-45-54

Correo electrónico: fundarteeditorial@gmail.com

Gerencia de Publicaciones y Ediciones



Alcaldía
de Caracas

Fondo Editorial Fundarte

Veredicto X Premio Nacional De Literatura Stefania Mosca 2019 - Mención Crónica

Alcaldía De Caracas - Fundarte

Quienes suscribimos, Mercedes Chacín, Carlos Cova y Roberto Malaver, integrantes del Jurado calificador para el Premio Nacional de Literatura «Stefania Mosca» 2019, mención Crónica, declaramos que hemos leído detenidamente las obras recibidas para tales efectos y deliberado sobre las mismas, por unanimidad llegamos al siguiente veredicto: Otorgar este premio al libro titulado *Crónicas de la demencia cotidiana*, firmado con el seudónimo de Ibn Battuta. Estas crónicas cumplen con lo estipulado en las bases de esta convocatoria y están escritas en un lenguaje cercano y con mucha imaginación. Destaca el sentido del humor que también está presente en estos textos. Mientras el narrador nos va contando su “demencia cotidiana”, vamos entendiendo su propuesta acerca de la locura y el desenfreno que conviven en los personajes que revelan parte de nuestra idiosincrasia y venezolanidad. Una vez abierta la plica con el seudónimo de Ibn Battuta, descubrimos que se trata del escritor Armando José Sequera, quien se hace merecedor de este premio.

Mercedes Chacín
C.I. 6.414.283

Roberto Malaver
C.I. 4.050.222

Carlos Cova
C.I. 9.966.315

Firmado en Caracas, el 23 de julio de 2019.

Introducción

Desde hace décadas se tiene conciencia plena de que en la mayor parte del mundo prevalece la locura. Pero no una locura espontánea, hermosa, creativa, sino otra distinta, criminal, despiadada, impuesta solapadamente desde los centros de poder económico para hacerle creer a las personas que el objetivo natural de la vida es hacer dinero. Que una persona sensata y decente es la que trabaja sin descanso las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, para ser rica y poder consumir todo lo consumible.

A la par, se trata de restar importancia y hasta generar apatía, indiferencia, ante lo verdaderamente significativo de la existencia, que es la búsqueda individual y colectiva de la felicidad.

Lo que no sabe dicha persona sensata y decente, ni nadie le dice, es que con su frenesí laboral solo obtiene unas migajas, en tanto hace más ricos a los dueños de la economía planetaria.

Los medios de comunicación masiva y, en los últimos tiempos, las redes sociales –la mayoría en manos de los mismos que se consideran propietarios del mundo–, pretenden reafirmar tal punto de vista, lograr que éste se apodere de cada una de nuestras neuronas y cada célula de las que conforman nuestros cuerpos.

Como tal ideología es, desde su origen, enferma, antinatural, las consecuencias son devastadoras. No solo en términos ecológicos y sanitarios, sino en todos los campos y órdenes de la vida, especialmente el psíquico.

¿Las pruebas? Hay millones. La gente hace lo que sea por conseguir dinero –incluso matar–, sin detenerse a pensar en las consecuencias inmediatas o posteriores de sus acciones. Como la fama y el poder acarrean dinero, miles de millones de personas compiten por llamar la atención y atraer sobre sí las miradas y los recursos

económicos de la publicidad y, por supuesto, las de los invisibles y todopoderosos *inversionistas*.

La permisividad surgida de lo anterior se traslada a todos los ámbitos del acontecer diario y la enajenación se expande metastásica y epidémicamente. Son tantos los comportamientos anómalos en nuestra sociedad que, a partir de determinado momento, adquieren el rango de habituales, incluso corrientes. Cuando esto ocurre, no advertimos como anomalías conductuales los comportamientos desquiciados.

Los programas informativos que tienen la libertad de penetrar en nuestros hogares a cualquier hora del día o de la noche, confieren la misma importancia a una catástrofe que cobra cientos o miles de vida en un país pobre que a la remodelación del baño principal en la mansión de una celebridad. Una mujer o un hombre caen de lo más alto de un rascacielos, tras perder el equilibrio, mientras se hacían un autorretrato; un político sin ideas propias considera como el mayor mérito de su carrera mostrarle el trasero desnudo a tres efectivos policiales y veintitrés fotógrafos. Los asesinatos en serie, mientras cumplen sus condenas e incluso esperan su ejecución, se distraen barajando propuestas de matrimonio que les hacen decenas de admiradoras desde fuera de las prisiones.

Los cuatro ejemplos tienen en común que han sido tomados de la realidad de nuestros días y que, además, la casi totalidad de quienes han sido informados de ellos los perciben como sucesos y comportamientos normales. Normal proviene de norma, esto es, lo aceptado y aceptable socialmente.

Muchas personas tienen atisbos de la demencia implícita en los episodios reseñados y en otros que advierten frecuente u ocasionalmente. Por ello y de manera reiterada señalan que el mundo está al revés. Pero la mayoría no pasa de ahí. Muy pocas ven más

allá de lo evidente y menos aún profundizan en el origen de tal situación.

Las manifestaciones de la locura ordinaria, cotidiana, fueron presentadas como tales a partir de 1972 por el escritor estadounidense Charles Bukowski. Gracias a tal hallazgo y puesta en escena logró tanto el éxito literario como la acusación de ser el más sucio, miserable y despreciable de los artistas de la palabra.

En lo personal, supe de la locura ordinaria antes de leer y admirar a Bukowski. Cuando en la década de los sesenta del siglo XX se habló de los sentimientos y la percepción de las plantas, oí decir a un tipo que había llegado su oportunidad de convertirse en millonario: haría pornografía para ellas. Cómo pensaba producirla y difundirla, jamás lo supe, pero seguro que a algún lector o lectora le tienta la idea.

Nadie se asume demente, pero considera insanas a las demás personas. Ocurre como con los malos conductores de automóviles. Ningún individuo admite que a cada rato comete faltas o infracciones a las leyes de tránsito, pero acusa a los demás de hacerlo. No se da cuenta de que, excepto para sí mismo, forma parte de ese colectivo sin rostro que llamamos *los demás*.

En los desplazamientos cotidianos que debo realizar por mi vecindario, así como en mis viajes de trabajo, promoción de mis libros o vacaciones me topo con una cantidad inusitada de personajes tan peculiares que parecen provenir de una imaginación descontrolada, sin límites ni relación alguna con el raciocinio. Son las muestras vivientes de que la locura se ha tornado común, incluso pandémica.

Doy fe de que tales personajes han compartido espacio y tiempo conmigo, lo cual, ahora que lo pienso, no me deja muy bien parado que digamos. En mi descargo, debo señalar que algunos familiares y amigos –tras dudar durante años de las anécdotas que

refiero–, han comprobado su veracidad y me han catalogado de *sucedido*, una denominación popular para personas como yo que, con frecuencia, vivimos experiencias cuyos resultados son la sonrisa o la carcajada ajenas.

La galería que aquí presento no se limita a hombres y mujeres perturbados sino también a situaciones delirantes, algunas veces cómicas, pero otras dramáticas e incluso trágicas. Ninguno –ni hombre, mujer o suceso–, ha sido inventado por mí ni por nadie que conozca con dotes literarias o periodísticas. Se deben al libre ejercicio de la demencia cotidiana.

Como alguna vez señalara el escritor irlandés George Bernard Shaw refiriéndose a la homosexualidad en la Gran Bretaña, la locura fue silenciada en el pasado remoto; luego se hizo visible pero se mantuvo el repudio en torno a ella. Actualmente, es admitida. Esperemos que en el futuro no se torne obligatoria.

A. J. S.

Inundaciones y neveras

Durante la pasantía periodística que hice al término de mis estudios de Comunicación Social en un noticiero televisivo, en 1976, presencié u ofrecí testimonio de varios acontecimientos más propios de la ficción que de la llamada *vida real*.

Entre ellos figuraron la fuga de un tigre del zoológico caraqueño de El Pinar, al que quienes laborábamos en el noticiero debimos buscar durante horas en las montañas cercanas; un asesinato que dejó las paredes, el techo y varios muebles de un apartamento como un cuadro abstracto en rojo; y el que por todos los bordes derramó el tazón de la locura y es objeto de esta crónica.

Ocurrió el quinto día de dicha pasantía.

A mi llegada al noticiero fui asignado a uno de los reporteros de planta. Se suponía que debía enseñarme los rudimentos de la cobertura en vivo de sucesos para la edición nocturna del noticiero. Jamás lo hizo ni mostró intención de hacerlo.

No expongo su nombre porque, aunque no me maltrató ni me hizo mal alguno, tampoco me transmitió el menor conocimiento, y su paso por mi vida –y supongo que igual el mío por la suya–, fue absolutamente nulo.

Su primera y única enseñanza –si acaso se le puede dar esa denominación–, se refirió a la cantidad de alcohol que un periodista *debe* ingerir durante el desempeño de sus funciones: seis cervezas. Y, ojo, empleo la misma forma verbal que utilizó, *debe*, porque él consideraba que el ejercicio periodístico y la ingesta diaria de esas seis cervezas –o, en su defecto, igual número de tragos de ron–, eran complementarios y de obligatorio acatamiento.

En lo personal, nunca me llamó la atención el consumo de sustancias que me alegraran, me hicieran olvidar, me calmasen los

nervios o produjeran un estado de euforia o paz artificial en mí. Creo que éste es un trabajo conjunto de la mente y el espíritu y que, por no saberlo ni advertirlo, la mayoría de las personas que buscan respuestas o salidas en las drogas –legales o no–, sale mal parada.

Pero no es éste el tema de esta crónica sino y como adelanté, algo ocurrido el quinto día de mi estadía en el noticiero. Esa quinta mañana mi supuesto mentor no se presentó a trabajar. Sí lo hizo el equipo que siempre lo acompañaba, compuesto por un camarógrafo, un iluminador y un sonidista.

Tendría yo unos veinte minutos en la oficina cuando el director del noticiero me preguntó si había viajado en avión. Le respondí que no.

–¿Por qué? ¿Te da miedo?

–No he tenido la oportunidad.

–Entonces, ya la vas a tener.

Al instante, convocó al camarógrafo y al sonidista a una reunión entre los cuatro.

Nos encargó trasladarnos hasta el río Apure, en el estado del mismo nombre, a cuyas orillas se encuentra San Fernando, la capital de esa entidad. Debíamos reseñar una crecida de la corriente, ocasionada por las lluvias.

Por ser el periodista, apuntó, yo comandaría al grupo en el lugar de la noticia, aunque dicho comando, en la práctica, lo asumió en todo momento y sin concederme el derecho de pataleo el más veterano de los tres: el camarógrafo.

En la media hora siguiente preparamos todo lo necesario para la rápida excursión, habida cuenta de que teníamos que regresar tan pronto filmáramos la inundación. Entonces no había reporteros locales, salvo en dos o tres regiones del país. Tampoco la posibilidad de enviar vía Internet el material para que fuera proce-

sado en Caracas, pues la red era apenas un conjunto de solo tres computadoras universitarias conectadas entre ellas en California, Estados Unidos.

El viaje fue en una avioneta privada que abordamos en el aeropuerto La Carlota, al este de Caracas.

Debido al mal tiempo y desde que se elevó, la avioneta se comportó como una hoja de árbol en un túnel de viento. Nunca he experimentado una situación más espeluznante: fue como hallarme en una batidora con ínfulas de licuadora, sometido más de hora y media a una sucesión de sismos de ocho o más grados en la escala de Richter. Agradecí que ninguno de los viajeros, incluyendo al piloto, fuéramos propensos al vómito. Al horror profundo se le habría sumado el asco.

Todos temblábamos, teníamos tres motivos para hacerlo: los movimientos alocados de la avioneta, el miedo y, para colmo, un frío que se colaba hasta regiones corporales desconocidas por la anatomía.

Las veces que cerré los ojos tuve la impresión de hallarme a bordo de un refrigerador al que un río arrastraba delirantemente hacia una catarata. No lo supe en ese momento pero tal imagen resultaría profética.

Los cien minutos exactos de vuelo transcurrieron en total silencio, pues ninguno de los pasajeros, al no ser pollos y estar extremadamente asustados, dijimos ni pío.

Desde nuestra salida hasta la llegada viajamos rodeados de nubes grises repletas de humedad. De no ser por el instrumental del avión, no hubiéramos podido orientarnos dado que la visibilidad exterior era nula.

Ráfagas de lluvia se estrellaban cada tantos segundos contra el parabrisas de la avioneta y el fuselaje mientras, a nuestro alrededor, las nubes circundantes se iluminaban por fogonazos internos,

como si pretendieran indicarnos el camino. Los truenos nos llegaban apagados, como lejanos redobles de tambor, absorbidos por la distancia y el ruido monótono que hacía el motor de la avioneta.

La hojalata rechinaba como si estuviera a punto de partirse y tanto los tornillos, las tuercas y los remaches, así como las alas chillaban igual que ratas en un barco sometidas a una montaña rusa de olas.

Al aterrizar en San Fernando de Apure comprendí por qué los papas besan la tierra cuando arriban a cualquier aeropuerto. Yo también lo hice, para jolgorio de mis acompañantes. Por cierto, en la porción de suelo que besé no solo había grava y varias generaciones de aceites, sino también un desgastado chicle de menta al que aún le quedaba algo de sabor.

Como debut aéreo no fue la mejor bienvenida que los cielos me pudieron ofrecer.

A casi doscientos metros nos esperaba una camioneta van, hasta la que corrimos bajo una frenética lluvia que en ningún momento de nuestra estadía en Apure dejó de caer. Esos doscientos metros resultaron interminables, debido a los equipos de llevábamos. Los tornaba incómodos una cubierta de plástico grueso transparente que pretendía aislarlos de la lluvia. No me correspondía, pero creí necesario ayudar a su transporte.

En la camioneta había varios impermeables también de plástico, pero delgados, como el usado entonces para forrar cuadernos escolares. Nos los colocamos, aunque ya no teníamos espacios secos ni en el cuerpo ni en la ropa.

Debí usar uno amarillo que me quedaba pequeño, dado que al parecer todos estaban destinados a usuarios de menor estatura que yo. Honestamente, me sentía –y seguramente me veía–, como un embutido tapa amarilla.

Al aproximarnos al río, advertimos la magnitud de la crecida. Las reposadas aguas, habitualmente de una tonalidad gris azulosa, semejaban un café con leche bien cargado. No corrían como quien se sabe libre y fuerte, dueño de su presente y su futuro, sino como aquel o aquella que escapa de un secuestro en mitad de la noche.

Un hombre cuarentón que acompañaba al chofer de la van nos informó de dos personas muertas y cuatro desaparecidas en las últimas horas. También que nos dirigíamos a un pequeño muelle protegido por una de las curvas del río, donde nos esperaba una lancha.

—¿Una lancha? —tronó el camarógrafo—. ¿Ustedes pretenden que yo me meta en ese río así como está? ¡Mi mamá no parió suicidas!

El hombre, que se había identificado como representante de la televisora, nos dijo en tono imperativo que debíamos hacer lo que no hacía la competencia, es decir, realizar tomas desde el interior del río y no solamente desde sus riberas.

La discusión entre él y el camarógrafo duró lo que el traslado hasta el muelle, a unos treinta metros del cual se alzaban varias casas. El espacio intermedio lo ocupaba una arboleda regada a lo largo del cauce.

—¡Yo no me meto en el río, ni que me paguen todo el oro del mundo! —repitió el camarógrafo por enésima vez, mientras bajábamos los equipos.

El diálogo de sordos continuó hasta que el representante nos llevó hasta una de las casas. Allí llamó al director del noticiero y éste confirmó la orden: debíamos subir a la lancha y presentar la noticia desde el interior del río.

Cuando nos dirigíamos al muelle, observé que el oleaje golpeaba la tierra cada tantos segundos, con un sonido similar al del choque de dos cuerpos que hacen el amor.

La lancha que nos esperaba era de las usadas para la pesca. Eso sí, dotada de un motor fuera de borda. Tendría unos siete y medio

u ocho metros de largo y contaba con cuatro asientos: uno en la proa y otro en la popa, más dos en el medio. La habían pintado recientemente de blanco y azul celeste. El piloto nos esperaba en el asiento de popa. Era tan flaco y alto que, cuando se levantaba, semejaba un mástil enano. No tendría más de treinta años y sonreía extrañamente, como un chofer sádico que conduce su primer cargamento de cerdos al matadero.

En la proa estaba sentado un gordo que, aunque nos fue presentado como ayudante del piloto, tuve la impresión de que su responsabilidad consistía en servir de contrapeso para que la lancha se mantuviera estable.

Si en la avioneta habíamos escaneado el rostro de la parca, hueso por hueso, ahora casi la veríamos por dentro, tal como si nuestros ojos actuaran como un entonces no inventado aparato de resonancia magnética.

Pese a que la embarcación se comportaba igual a un toro salvaje, saltamos dentro de ella. Increíblemente, ninguno cayó al agua, y eso que nuestros movimientos estaban coartados por el miedo y los impermeables.

En la lancha debimos ponernos, además, chalecos salvavidas anaranjados, no de talla única sino para *hobbits*, que nos hicieron lucir como momias de exportación. A decir verdad, los chalecos se veían inútiles ante la energía que despegaba el Apure.

Mientras me colocaba el mío, una ola levantó la lancha por la popa y me sacó del asiento. Caí en el suelo de la lancha y me golpeé las rodillas. Por suerte, el camarógrafo me tomó por un brazo mientras la gravedad me atraía con todo su encanto y no pegué los dientes con la parte libre del asiento donde él se hallaba. En la prueba de grabación que hizo minutos después, aparecí sobándome la rodilla derecha.

Gracias a la destreza del piloto, sorteamos los escollos que la corriente nos proponía: troncos de árboles arrancados de cuajo; ramas verdes y ramas sin hojas; basura de todo tipo y calibre; reses vivas mugientes y reses muertas; objetos de madera y hasta prendas de vestir. Estas últimas aparecían de improviso en la superficie, igual a mantarrayas de colores dibujadas en un libro infantil.

En los minutos siguientes, el aluvión fue aumentando lenta pero visiblemente y estoy seguro de que si no hubiésemos salido tan rápido del río, ni siquiera la extraordinaria habilidad del lanchero nos hubiese sacado con bien de allí.

Supongo que algún día, cuando viajar por el Sistema Solar sea una realidad cotidiana, habrá pilotos de naves interplanetarias que se desplacen con igual maestría por el interior de los cinturones de asteroides y planetoides, entre Marte y Júpiter, entre Urano y Neptuno e, incluso, a través de la Nube de Oort.

Después de la prueba conmigo, la cámara –envuelta en una bolsa plástica, de las empleadas en lavanderías, para su mejor manejo–, se negó a funcionar. Tras varios minutos de incertidumbre, bastaron tres insultos y un par de coscorriones que le dio el camarógrafo a su fuselaje, para que trabajara sin problemas.

–¡Hay que enseñarle quién es el que manda! –comentó éste, mostrando triunfante los nudillos del puño derecho.

Nuestra aventura por el río, para una decena de tomas o poco más, estaba prevista que durara un máximo de diez minutos, ante el riesgo de que aumentara la magnitud de la crecida y nos condujera a una muerte segura, pues como llovía sin interrupción desde hacía más de diez horas, se esperaba un aluvión mayor al que circulaba entonces. El inconveniente con la cámara había aumentado ese lapso varios minutos más.

Cuando ya habíamos concluido nuestra tarea, vimos venir hacia nosotros a un hombre que, como si viajara aferrado al techo de

un automóvil, se mantenía en el más precario de los equilibrios sobre una nevera rosada, de tonalidad carne.

Dada la fuerza de la corriente, el electrodoméstico cambiaba de posición cada tantos segundos, rotando de izquierda a derecha o en viceversa, pese a lo cual su improvisado jinete siempre lograba mantenerse caballero.

En un rodeo, aquel hombre hubiese salido en hombros de los aficionados pues su desempeño era extraordinario. Después de superar nuestra estupefacción, el camarógrafo lo enfocó y yo hice el comentario respectivo con el micrófono a mi cargo.

Luego intentamos pasar de reporteros a rescatadores y, pese a lo difícil que resultaba la maniobra, quien conducía la lancha la colocó a menos de dos metros del hombre y la nevera, y a gritos descoordinados lo instamos a abandonarla.

—¡No puedo —respondió, también a gritos—, esta nevera me costó el sueldo de nueve meses!

Insistimos, manteniéndonos a su lado durante al menos un minuto, advirtiéndole que estaba condenado a morir si seguía en el agua, diciéndole el camarógrafo que una nevera se podía reponer, pero no la vida. Sin embargo, el hombre se mantuvo firme en su decisión, convencido de hacer lo correcto.

En vista de ello, dado que nuestras vidas también estaban amenazadas y a que, durante la frustrada maniobra, nos golpearon algunos troncos y el corpachón de una vaca muy asustada, desistimos de ayudarlo y vimos consternados cómo desaparecía corriente abajo.

De nuevo, el lancharo mostró su formidable destreza para esquivar objetos y logró arrimarnos a la orilla de la que proveníamos, varios kilómetros —nunca supe cuántos—, más allá de donde habíamos subido a la lancha.

Mientras respirábamos con tranquilidad por primera vez en los últimos catorce o quince minutos, el conductor de la lancha y su ayudante la sacaron del río, mediante una guaya y un juego de poleas, usando como apoyo el tronco de un árbol.

A pesar de los impermeables, chorreábamos agua como si nos derriyéramos. Si alguna vez he lamentado no tener limpiaparabrisas en los lentes ha sido esa. Bajaba tanta lluvia por ellos y por mi rostro que por momentos tuve la impresión de hallarme en el interior de un acuario.

Esto me había obligado, en la lancha y ante la cámara, a exponer lo que sucedía, despojado de ellos.

Tirados en la orilla y de un instante al siguiente, todos –excepto el lancharo–, entramos en un torneo de estornudos. De haber sido real la competencia, habría ganado y por paliza el camarógrafo, ya que fue el único cuyos estallidos fueron ininterrumpidos durante varios minutos y capaces de acallar todos los ruidos circundantes.

Las recámaras de estornudos las había provocado una brisa tan fuerte que remecía los árboles, los arbustos y las hierbas a nuestro alrededor y nos estremecía de frío, como cuando se recorren los páramos andinos bajo una nevada.

Esto hizo que nuestro descanso fuera brevísimo y buscáramos refugio detrás de los troncos más gruesos del lugar. El problema es que ninguno lo era. Los árboles más rollizos apenas cubrían una mínima parte de nuestros torsos y espaldas.

En vista de que daba lo mismo quedarnos allí que ir en busca de un verdadero refugio, marchamos un rato por la ribera del río y, menos de trescientos metros más adelante, encontramos un camino de tierra. Lo seguimos y, después de atravesar terrenos lodosos, cuando no plagados de matorrales, arribamos a una carretera.

Esta marcha espontánea lució planeada de antemano porque, tan pronto salimos a la vía, apareció la camioneta van, a la que subimos con desesperación.

En el interior de la misma había toallas, café caliente, y unas franelas blancas listas para estrenar, con el logotipo del partido Acción Democrática –que era gobierno en el estado y el país–, estampado en el pecho. Teníamos tanto frío y estábamos tan abatidos por la humedad que ninguno objetó ponérselas.

–¡Así se hacen las noticias, carajo! –nos felicitaron a coro el conductor de la van y el representante de la televisora.

Volvimos al aeropuerto al que habíamos llegado un rato antes y regresamos a Caracas en la avioneta, en similares condiciones meteorológicas a las de la ida.

Esta vez y pese a que el traslado fue igual de angustioso, agitado y casi purgante, no besé la pista al descender, para no dar pie a más burlas.

Meses después, debí ir a la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela a buscar un certificado de calificaciones y, a la salida, me topé a orillas del río Guaire, a pocos metros de la Plaza Venezuela, con un grupo de bomberos que preparaba un rescate.

Esperaban a un hombre al que había arrastrado una crecida del río Macarao, afluente del Guaire, desde unos dieciséis kilómetros del lugar, tras llevarse su vivienda, construida en el hasta ese día seco cauce.

Un detalle de lo que me refirió uno de los bomberos hizo que me quedara junto a una ambulancia que acababa de llegar: el hombre venía montado en una nevera.

Lo primero que se me ocurrió fue que el jinete apureño, con seguridad descendiente de los extraordinarios lanceros del siglo

XIX y mediante una impensada combinación de ríos, había llegado hasta Caracas, a bordo de su rectangular cabalgadura.

–¿Saben de qué color es la nevera? –pregunté.

–¡Nos dijeron que blanca!

En vez de asumir que se trataba de otro hombre y de otra nevera, pensé que eran los mismos del río Apure y que al electrodoméstico lo había decolorado las aguas del tiempo. Minutos después de un enfrentamiento tan encarnizado que temí perder el poco cerebro que poseía, se impuso la lógica: no podían ser ellos.

Sin embargo, decidí quedarme. Quise ser testigo del nuevo episodio de la refrigeronavegación venezolana y no tardé en presenciarlo.

Tal como el anterior, el hombre que oscilaba entre los lomos y los costados de la nevera se sostenía como el mejor de los equilibristas de circo, aunque el objeto se movía sin control según los dictámenes de la física de fluidos.

Para su fortuna, los bomberos habían colocado una malla amarilla, de orilla a orilla del Guaire, y lograron capturarlo, pero no salvar su refrigerador. Iba sin camisa y mostraba en el rostro las huellas del combate con las aguas, la gravedad y los objetos sólidos que arrastraba la corriente. Su párpado derecho estaba amoratado y el ojo totalmente cerrado. Tenía la apariencia de un boxeador que baja del ring luego de perder no solo un combate sino la dignidad.

Tras cubrirlo con varias toallas y ofrecerle un bebedizo caliente –me pareció que era café–, un bombero y una enfermera llevaron al desusado y maloliente náufrago hasta la ambulancia, en cuya entrada posterior exclamó al abordarla:

–¡Lo que más me duele es que esa condenada nevera, me costó un ojo de la cara!

Golpe de Estado a mis bolsillos

En los últimos días de marzo de 2002, una editorial especializada en obras de divulgación para escolares aprobó una colección que le propuse, a la que llamé pomposamente *Enciclopedia de secretos y curiosidades*. La misma contendría informaciones poco conocidas sobre distintos elementos y disciplinas que había coleccionado durante más de veinte años.

Constaba de doce volúmenes, presentados en este orden: *Dinosaurios; Animales; Arqueas, bacterias, hongos y protistas; Plantas; Elementos y minerales; Cuerpo humano; Planeta Tierra; Sistema Solar; Historia; Inventos y creaciones; Ciencia; Idioma Español*.

Días después, el 12 de abril, fui convocado a una reunión para firmar el contrato respectivo y recibir un cheque de anticipo por derechos de autor de cien mil bolívares, equivalentes entonces a cerca de veinticinco mil dólares.

Mientras salía de casa y me dirigía en metro a la sede de la editorial, en la urbanización Los Ruices, en Caracas, se produjo el golpe de Estado contra el presidente Hugo Chávez.

Cuando estaba llegando, recibí una llamada en mi celular, en la que el director de la editorial me comunicaba que, en vista de los sucesos que se estaban produciendo, tendríamos que posponer no nada más nuestra reunión, sino la publicación de la colección.

Como el presidente por 46 horas, Pedro Carmona Estanga –presidente hasta ese momento de Fedecámaras, la institución que agrupa en Venezuela a los empresarios e industriales–, eliminó de un plumazo todos los poderes públicos, el editor decidió cerrar su empresa e irse del país, cosa que me comunicó a primera hora del día 13. Me dijo que si alguien, nada más asumir la presidencia, generaba tan enorme caos, él no iba a esperar la que se venía.

–¡Ese hombre está loco! –me expuso horrorizado–. ¡No se da cuenta de que, al eliminar los cargos de todos los poderes, también elimina los del suministro de agua, la electricidad, los teléfonos y pare usted de contar! ¡Esto es el caos!

Nuestra reunión la había pautado para el 12, porque debía viajar a Tenerife el día 15 y, en efecto, en tal fecha se trasladó a esa isla española y no regresó.

Aquí y entretanto, al tercer día y como si resucitara de entre los muertos, Chávez fue restituido en la presidencia de la República, rescatado por la propia gente que votó por él, algo inédito en la historia contemporánea.

Dos semanas más tarde y como parte de su respuesta a una carta que le envié por correo electrónico, me refirió que él había nacido allá y que, desde hacía algún tiempo, planeaba abrir la editorial también en España.

Cuando le pregunté si publicaría mi colección en el futuro, su respuesta me hizo trastabillar:

–Me encantaría, pero primero debo asentarme aquí, empezar de nuevo. Quiero hacerlo, pero no creo que pueda antes de cuatro o cinco años.

Para mí fue un mazazo: ya yo había elaborado íntegramente los doce volúmenes.

Chávez recuperó lo que legítimamente era suyo, en tanto yo perdí la ocasión de, por primera vez, recibir un buen pago por mis libros de divulgación científica e histórica. Los sucesos del 12 de abril fueron contra él, pero el golpe de Estado se consumó –y de manera irreversible–, contra mis bolsillos.

Turbulencias

Siempre ocurre: cuando durante un vuelo de varias horas decido ir al baño, en ese momento el avión ingresa en una zona de turbulencias.

No lo hace mientras me levanto, camino por el pasillo o espero que el pequeño habitáculo se desocupe, sino justo cuando entro en él o me encuentro en una fase irreversible de lo que he ido a hacer.

He oído entonces el pitido que alerta sobre abrochar el cinturón de seguridad y permanecer sentado, a veces seguido por la voz del capitán, anticipando las sacudidas venideras.

En dos ocasiones, una de las azafatas ha tocado la puerta del retrete y me ha instado a salir rápido y retornar a mi asiento.

Hallándome en el baño, a merced de las turbulencias atmosféricas, habría deseado no tener tanta imaginación.

En mi mente ha aparecido la –estéticamente hablando–, peor escena de un final de existencia, cuando decenas de bomberos, policías, voluntarios y curiosos recorren los escombros humeantes del avión, en busca de sobrevivientes, y encuentran mi cuerpo con los pantalones a la altura de los tobillos y el trasero al aire, como si fuera un político que no tiene nada más que ofrecer.

Esto de las repentinas turbulencias no me ha ocurrido solamente entre las esponjosas y delicadas nubes, sobrevolando el océano Atlántico o surcando los cielos entre países del continente americano. También me sucedió a bordo del viejo tren que iba de Cuzco a Machu Picchu. Aquel que para salir del ombligo del mundo avanzaba y retrocedía varias veces, mientras remontaba las colinas repletas de viviendas y pobreza.

La vía ferroviaria hacia la ciudad sagrada no estaba en buen estado y el tren parecía desplazarse por la superficie de la Luna o sobre una flauta con trastorno de personalidad múltiple.

Cuando llevábamos hora y cuarto de recorrido, el frío que entraba por las ventanas, más el jugo de naranja y el café del temprano desayuno –a las 4:15 am, para poder salir antes de las 5:00–, conspiraron para enviarme al sanitario. Había sentido el anormal vaivén del vagón, pero no supe cuan enérgico era hasta hallarme frente al retrete, intentando desenfundar y disparar.

Pese a agarrarme de una manilla colocada en la pared de la izquierda, en tanto con la otra mano procuraba dirigir el chorro, los bandazos del tren –equivalentes a sismos apocalípticos–, me impidieron acertar en el blanco.

Tan concentrado estaba en no caerme que, cuando se cerró mi grifo, contemplé horrorizado el desastre que había hecho mojan-do a diestra y siniestra el pequeño gabinete. No se salvó ni siquiera una desvaída imagen del Taitacha Temblores o Señor de los Temblores, patrono de Cuzco, que colgaba a un metro ochenta de altura. Por los oscuros rostro y torso del pobre Cristo descendían alegremente no menos de diez gotas ambarinas, igual que motonieves en una montaña alpina, durante unas vacaciones invernales.

Traté de secar el resultado de aquella desaforada lluvia, pero no había papel de ningún tipo. Tampoco un trozo de tela que sobrara. Con el frío que hacía y el que me habían anunciado para más adelante, no me atreví a donar alguna prenda de vestir para el beneficio del prójimo o, mejor dicho, del próximo que utilizara la instalación.

Por eso hice lo que todo el mundo: esperé que los ríos que corrían por las paredes y los que se deslizaban por el suelo formaran un lago, le pedí perdón al Señor de los Temblores, me incliné reverencial ante su vejada imagen y me santigüé, antes de salir del

sanitario quejándome en voz alta de lo cochina que era la gente, al inundar de orina los espacios comunes.

Alerté a un señor que esperaba afuera acerca de las condiciones en que estaba el baño y éste, tras agradecerme la advertencia, confesó:

–Yo he venido otras tres veces a Machu Picchu y nunca le he podido acertar al inodoro.

Tres o cuatro años antes, en un autobús que me trasladó de Puerto Ordaz a Caracas durante catorce horas, el movimiento del vehículo no fue tan fuerte y, salvo una que otra rociada fuera del inodoro, la mayor parte de lo arrojado por mi vejiga alcanzó su destino. La mayor parte. Lo restante fue a dar sobre dos revistas que alguien, generosamente, había dejado sobre la tapa del retrete, al alcance de los usuarios.

Pero lo peor que me ha ocurrido en situaciones similares pasó durante otro viaje que hice de Caracas a Lima, por Copa Airlines.

Medio minuto después de haber entrado al sanitario –por fortuna, solo a desaguar–, el avión pareció caer en un cráter de aire y, aparte de que me golpeé la cabeza contra el techo, los audífonos que había guardado en el bolsillo de mi camisa y servían para escuchar el audio de las películas cayeron en el grisáceo inodoro.

Hubo una segunda sacudida, aunque de menor intensidad, que detonó varios llamados sucesivos a ajustar los cinturones de seguridad y regresar a los asientos si nos hallábamos fuera de ellos. Pese a esto, me pareció imperioso sacar los audífonos de donde habían caído, no para volver a usarlos, sino para evitar que atascaran el trono utilitario.

Entonces me agaché para lograr mi cometido pero, sin darme cuenta, puse la mano de apoyo en el botón *push*: un estallido pavoroso me hizo echar el cuerpo hacia atrás y caer sentado al suelo. La succión, además, los sacó de mi vista.

Mas no enteramente.

Cuando me recobré del susto, advertí que uno de los audífonos sobresalía del fondo, como un elemento de grabación pornográfico dispuesto en el lugar para espiar las intimidades de los usuarios.

Apreté de nuevo *push*, esta vez voluntariamente, y tras la atornadora aspiración, el inodoro regurgitó parte del cable de los audífonos y otras cosas que el decoro me impide mencionar.

Angustiado, tomé dos toallas de papel y aferré lo que sobresalía de los audífonos. Luego tiré hacia arriba.

Push se activó espontáneamente y no solo se llevó de vuelta lo que había reintegrado a la vida. También inhaló lo que yo intentaba sacar, además de las dos toallas de papel, a las cuales arrebató de mi mano, como una hambrienta bestia papelívora.

En ese momento, advertí que el recibo de mi maleta estaba a punto de abandonar el traidor bolsillo de mi camisa y precipitarse al inodoro. Mi mano derecha evitó el drama de tener que exponer ante quienes supervisaran la entrega del equipaje en el aeropuerto Lisandro Chávez las incidencias vividas en los últimos minutos.

Cuando creí que todo había pasado, mi sistema urinario me recordó que había interrumpido la micción por el salto ingravido de minutos atrás. Lo hizo mediante una ligera molestia –próxima al dolor–, que se manifestó a la altura de la vejiga.

Y, sí, tal cual: al momento de reiniciar lo que había dejado en suspenso, caímos en otro agujero de turbulencia y, aunque esta vez me hallaba sujeto a la manilla colocada para tales casos, mi orina salió despedida hacia arriba, mojando la pared detrás del inodoro, la tapa de éste e incluso el espejo a mi derecha.

El niño del faro

El 17 de agosto de 2014 mi esposa y yo conocimos al Niño del Faro. Mejor dicho, lo padecimos.

Nos hallábamos de vacaciones en una posada merideña. La misma estaba ubicada a más de quinientos metros sobre el casco urbano de la ciudad. Dos veces intentamos subir la cuesta a pie y en ambas ocasiones desistimos: la misma no era apta ni siquiera para los ciclistas colombianos habituados a pedalear por montañas.

Muy temprano, pese a ser domingo, nos despertó un niño que hablaba con mayúsculas, rodeadas éstas por angustiosos signos de admiración.

Dicho niño no se expresaba con normalidad, sino a gritos. Y gritaba por todo: para saludar, para decir cualquier cosa y para comunicar sus múltiples hallazgos.

Pese a la inverosimilitud del episodio –o, precisamente, por ella–, transcribiré sus insufribles palabras:

–¡MAMÁ, YA ESTOY AQUÍ!

–Bien.

–¡Y ESTOY DESPIERTO!

–Sí, ya veo.

–¡MIRA, MAMÁ, TENGO LOS OJOS ABIERTOS!

–Qué bueno... –no escuché su nombre. Sólo la terminación *el*: supongo que era Luzbel o Azrael.

–¡¿CUÁNDO VAMOS A SALIR?!

–En un rato, cuando tu papá esté listo.

–¡¿Y VAMOS A LA PLAYA?!

–No, nené, aquí en Mérida no hay playa.

–¡PERO YO QUIERO IR A LA PLAYA! ¡QUIERO PLAYA! ¡PLAYA!

–¡Shhhh! Que hay personas durmiendo.

–¡LAS MONTAÑAS SON MUY ABURRIDAS!

–¡Shhh! Vamos a un sitio donde hay caballos.

–¡¿Y ME VOY A MONTAR EN UNO?!

–Sí, pero habla bajito, que hay personas durmiendo todavía –la madre hablaba en un tono moderado, como invitándolo a imitarla.

No había caso.

–¡¿Y CUÁNDO VAMOS?!

–Ya, dentro de poco, cuando tu papá esté listo.

–¡¿Y POR QUÉ NO ESTÁ LISTO?!

Antes de que le respondieran, se oyeron los pasos del niño a la carrera, hasta detenerse debajo de la ventana de la cabaña donde nos hallábamos. Allí encontró algo y de nuevo llamó la atención de su madre:

–¡MAMÁ!

–¿Qué?

–¡AQUÍ HAY UN ANIMAL! ¡ESTÁ MUERTO!

–¿Un animal? ¿Qué animal?

–¡UN ANIMAL! ¡VEN RÁPIDO!

Cuando la madre llegó, preguntó:

–¿Dónde, que no lo veo?

–¡AQUÍ!

–¡Eso es una hormiga!

–¡SÍ, PERO ESTÁ MUERTA! ¡¿NO VES QUE ESTÁ MUERTA?!

Deduje que a ese niño lo habían criado en un faro. Sólo allí pudo adquirir esa costumbre de hablar a gritos, supongo que con expresiones como éstas:

–¡PAPÁ, CON ESA LUZ NO PUEDO VER LAS ESTRELLAS!

–¡MAMÁ, ESTOY AQUÍ ARRIBA Y TENGO SUEÑO! ¡VEN A BUSCARME!

–¡PAPÁ, MIRA ESE BARCO!

–¡MAMÁ, TE VES PEQUEÑITA DESDE AQUÍ ARRIBA!

–PAPÁ, NO TE OLVIDES DE MI CHOCOLATE! –esto, mientras el padre se aleja en una lancha, rumbo al puerto cercano.

–¡AUXILIO, MAMÁ, ME CAIGO POR LA ESCALERA!

–¡PAPÁ, ME QUEDÉ ENCERRADO EN EL BALCÓN!

–¡MAMÁ, ESTÁN LLOVIENDO CANGREJOS! ¡¿AGARRO UNO?!

–¡PAPÁ, NO TE ENOJES, PERO QUEBRÉ EL BOMBILLO CON LA PELOTA!

–¡MAMÁ, ME CAGÓ UNA GAVIOTA!

Sus gritos continuaron un rato. O tal vez ya se había callado y eran los ecos los que aún rebotaban en las paredes alledañas.

–¡MAMÁ, UN GRILLO! ¡Y SALTA! ¡SALTA!

–¡Umjú!

–¡VEN PARA QUE LO VEAS! ¡TIENE CARA DE GRILLO! ¡Y PATAS DE GRILLO!

–¡Sal al estacionamiento y súbete al carro, que ya tu papá va saliendo!

–¡PERO ANTES VEN A VER AL GRILLO! ¡CORRE, QUE SE ESTÁ YENDO AL JARDÍN!

Un vozarrón masculino, como de antiguo locutor de radio con ronquera, soltó en un volumen mayor:

–¡TU MAMÁ TE DIJO QUE TE SUBIERAS AL CARRO! ¡¿QUÉ ESTÁS ESPERANDO?!

De tal voz, tal hijo.

Para nuestra fortuna, el niño del faro y su familia se marcharon esa misma tarde, por lo que la siguiente noche pudimos dormir en paz y despertar a la mañana siguiente sin sobresaltos.

Descuentos

En abril de 2009, la editorial alemana Deutscher Taschenbuch Verlag (DTV), publicó una recopilación de minificciones elaboradas por escritores de España y América, en una edición bilingüe que incluía 89 textos de 49 autores. Uno de estos era yo. Dos de los 89 textos eran míos.

La antología fue titulada en español *Minificciones*. En alemán, *Minigeschichten aus Lateinamerika*. La selección y las informaciones biográficas estuvieron a cargo de Erika Engeler, de quien sólo sé que es una escritora y traductora nacida en Argentina, residencia desde hace mucho en San Galo, Suiza.

La edición, en rústica, era y sigue siendo una de las más bellas que he visto. Muy sobria y sencilla, pero hecha con tanto gusto que daba miedo tocarla, por temor a ensuciarla u ofenderla.

Como pago por derechos de autor se estipuló, previamente, la cantidad de 48 euros para cada escritor. Y, aunque me los enviaron, yo no recibí ni uno, porque ocurrió lo siguiente.

En primer lugar, el fisco alemán cobró un porcentaje. También lo hizo el banco germano desde el que se transfirió el dinero a mi cuenta. Lamentablemente, no puedo decir a cuánto equivalía cada porcentaje porque extravié los documentos que acompañaban los dos ejemplares que me llegaron. Es posible que estos documentos aún sobrevivan en mis archivos, pero lo más seguro es que los haya botado.

Ahí no concluyó la odisea pecuniaria de mis 48 euros.

Lo que quedó, tras las deducciones del fisco alemán y el banco que los transfirió a mi cuenta, no vino directamente a Venezuela. Primero fue al Commerce Bank de Miami que, a su vez, lo envió al Commerce Bank de Nueva York, para que aprobara el depósito en el Banco Mercantil venezolano, que es donde soy cuentahabiente.

Por supuesto, el Commerce Bank –ignoro si el de Nueva York o el de Miami o ambos–, cobró su comisión.

Al arribar el dinero a mi país, el Banco Mercantil dedujo la que consideraba su parte. El Mercantil no debió hacerlo puesto que se trataba de un depósito. Pero como de todos modos lo hizo, intenté averiguar el motivo y el subgerente de la sucursal a la que acudí me explicó que la comisión se debía al cambio de divisas, de euros a bolívares.

Esto me pareció abusivo, dado que el Mercantil recibió mis euros con miras a entregármelos en bolívares, al precio oficial, para luego venderlos a precio libre en el mercado negro, y ya ahí tenían una ganancia. ¡Pero los banqueros quieren ganarlas todas y, por cómo actúan, no solo se creen los dueños de nuestro dinero, sino incluso de nosotros mismos!

Dado que mi cuenta no reflejó depósito alguno, solicité una averiguación. El resultado lo obtuve al día siguiente: lo poco que llegó a Venezuela de mis 48 euros lo absorbió el banco Mercantil.

Cuando creía que la situación no podría ser más enojosa, lo fue.

Dos fechas más tarde, recibí una orden perentoria del fisco venezolano, en la que se me conminaba –sí, *conminaba*, en un plazo no mayor a cinco días–, a pagar 14 euros que no pudo deducir del depósito en el Banco Mercantil.

Una novia llamada Charlot

Cuando niño, le tenía miedo a Charles Chaplin.

En realidad, me atemorizaban todas las películas mudas, sin importarme que la mayoría de las personas riera con ellas. Era algo similar a lo que ocurría con un niño vecino, que sentía pánico ante los payasos.

Por no recuerdo qué canal de televisión transmitían la serie titulada *Comedy Capers*, en la que aparecían diversos comediantes del cine mudo, y en ningún momento quise verla. Tampoco una versión infantil posterior llamada en español *La pandillita*.

Mentiría si dijera que en mi infancia o mi adolescencia disfruté el cine silente.

Una realidad carente de palabras, en la que las personas, los autos, los trenes, los aviones y hasta las tortugas se movían a velocidades increíbles me producía el terror que no me proporcionaban los relatos de espantos, ni la oscuridad, y ni siquiera las tormentas repletas de escandalosas saetas refulgentes.

Tampoco me amedrentaban las señoras que, según numerosos vecinos, hacían hechizos capaces de convertir a un niño en burro, a una niña en polilla nocturna o a un adulto en un montón de caca. Sí me provocaba un pavor descomunal Buster Keaton, con su cara de piedra, mientras el mundo se venía abajo a su alrededor.

Aprendí de muy niño a cruzar la calle, aunque la surcaran decenas de autos candidatos a asesinos, un calificativo no adjudicado a la ligera, sino impuesto por los frecuentes arrollamientos frente a mi casa, en la avenida Sucre de Catia. Me enfrenté a varios guapos del barrio y, aunque invariablemente todos me dieron una paliza, jamás me di por vencido. Ni siquiera cuando uno de ellos, paradójicamente llamado Ángel, no solo me robó, sino que además me

golpeó, me escupió y, de no ser por un transeúnte, hasta hubiera orinado sobre mí.

Pero experimenté el horror cósmico al que se refería Lovecraft al ver a Charles Chaplin en *Tiempos modernos* comiendo a la fuerza una mazorca mediante una máquina, o ingiriendo los cordones de uno de sus zapatos en *La quimera del oro*.

Tales escenas de comicidad para otros, me anunciaban el mundo perverso de los adultos hacia el cual, de modo irremediable, me dirigía desde mi nacimiento. Un mundo en el que la gente se reía de la desgracia ajena, de la torpeza de los demás, de la miseria de la mayoría.

Debió transcurrir mi infancia y mi adolescencia para que un día, sin yo esperarlo ni buscarlo, se revirtiera mi rechazo hacia Chaplin y el universo del cine silente. Ocurrió un sábado en la tarde, mientras recorría una exposición en el Museo de Bellas Artes.

Una amiga a la que hacía tiempo le había puesto el ojo y que en ese momento se encontraba disfrazada de Charlot, me dijo que en la Cinemateca Nacional se iniciaba en media hora la primera película de un ciclo sobre *Carlitos*.

Cuando le dije que no estaba interesado en verla, me tomó la mano derecha y depositó una entrada de cortesía en ella, al tiempo que me hizo un guiño y dijo:

—¿Y si la vemos juntos?

Honestamente, aunque no fuera mi ideal de encuentro romántico hallarme en la oscuridad de una sala de cine con una chica artificialmente bigotuda, provista además de sombrero de bombín, chaqueta raída dos tallas menores a la suya, pantalones tres o cuatro tallas mayores y zapatos tan largos como un par de caimanes adolescentes, acepté.

Pero no lo hice por lo que esperaba presenciar, sino por lo que pudiera derivarse de tal encuentro.

Sin embargo, mientras veíamos *Tiempos modernos*, reí tanto que salí de la sala no con los labios adoloridos por la cantidad de besos dados y recibidos, sino con la habitual punzada en el estómago que ocasiona la risa desenfadada.

En los días siguientes vi los otros filmes del ciclo y se inició un vínculo profundo, no con la chica en cuestión, a quien no vi más después de la cuarta película, sino con Charles Spencer Chaplin.

La chica, lamentablemente, era lindísima pero seguía enamorada de un tipo con quien había roto dos meses antes, al que, como a Chaplin, llamaba *Carlitos*.

A cada rato me comparaba con él, de un modo que pretendía ser imparcial: a veces, muy pocas, yo lo superaba; en la mayoría, él me ganaba al galope y, en algunas, ella nos concedía tablas. Además, tenía la manía de masticar chicles de fresa, para tener buen aliento y, cada vez que nos besábamos, me parecía saborear la canción de Los Beatles "Strawberry fields forever". Por si el inventario fue escaso, las veces que salimos del cine y terminamos en su casa se dejó el bigote, para no tener que colocárselo de nuevo al día siguiente.

Aclaro que la canción siempre me gustó y aún me gusta, pero el sabor extradulzón del chicle de fresa me repugnaba y me hacía sentir que absorbía decenas de calorías con cada beso.

A la quinta película, *Luces de la ciudad*, asistí solo. La noche anterior habíamos acordado no vernos más y, aunque esa tarde también estuvo en la entrada de la Cinemateca, disfrazada de Charlot, tan pronto nos vimos fingimos no conocernos.

No le gustó que le reclamara las continuas comparaciones y le recomendé que buscara a su novio anterior e hicieran las paces. Que conste: no le dije nada del chicle de fresa.

–¡En eso eres igual a Carlitos –respondió–, él también quiere decirme siempre lo que yo debo hacer!

Antes de que se me olvide: años después conocí a Carlitos. Entonces era un aspirante a director de cine. Cuando supe quién era, le comenté mi experiencia con la que había sido nuestra novia. Al escuchar su nombre, echó el cuerpo hacia atrás, como esquivando un recto de derecha, y comentó:

–¡Esa caraja ha sido la mujer más neurótica que yo he conocido!

La experiencia, para mí, no fue estéril. Descubrí algo que había tenido como un ideal sin identificar: la posibilidad de construir obras de arte desde una perspectiva humanista y, a la vez, con humor.

Desde entonces, Charlot no fue para mí un personaje de cine, sino parte de mi familia, alguien que unas veces fue mi padre, mi tío favorito y e incluso mi hermano mayor.

Andares de felino

Desde muy pequeño me acostumbré a caminar sin que se escuchasen mis pasos. Aprendí a hacerlo por una razón concreta: me crié en una casa de vecindad que regentaba mi abuela y ella me exigía ser silencioso para no molestar a los inquilinos.

A lo largo de los años perfeccioné el arte del sigilo. La mayoría de las personas no percibe arte alguno en eso de pasar inadvertido, pero doy fe de que sí lo hay.

En tiempos de excesiva y abusiva resonancia, de oropeles falsos y estruendos de toda índole, caminar, vivir e incluso desarrollar una obra literaria sin estridencias creo que tiene mérito.

Relaciono tal actividad con el arte pues tiene algo de mímica –se imita el paso de los felinos–, de ballet, y hasta de gimnasias meditativas como la yoga y el tai chi.

Existen, sin embargo, quienes consideran negativo el sigilo existencial. Desconfían de aquellos cuyos pasos no se expresan de modo contundente. Temen que si alguien se moviliza en silencio es porque algo oculta.

Se dice popularmente que *el ladrón juzga por su condición* y creo que algo de esto hay porque me parece que tal temor nace en quien solo utiliza la cautela como cómplice de sus malas acciones e intenciones.

Por otra parte, en las últimas décadas la cultura occidental ha borrado de su catálogo de valores la discreción y la mesura, en cualquiera de las formas en que ambas se manifiesten.

A medida que los años se han ido acumulando sobre mi cabello y en mis hombros, he observado que cada día se estimula más el bullicio, porque éste obstaculiza la reflexión y exalta la insensatez. Prueba de ello es que nos parece normal que se sustituya la falta de

talento con escándalos promocionales; que se dé más importancia a quien critica que a quien hace o construye; que resulte más meritorio exhibir cuan estúpido se es que ocultarlo.

A raíz de haber suscitado desconfianzas en algunas personas por mi forma de ser y desplazarme, debí realizar en la edad adulta un aprendizaje en reversa: marcar mis pasos al caminar, cuando lo considero necesario.

Ello, aparte de inducir a la esquizofrenia, tiene otros bemoles. Hace que uno traicione una parte de sí mismo y sienta el aire circular a través de los agujeros en la personalidad.

Habitualmente camino de modo silencioso: más o menos como un ninja de academia con nombre japonés y profesores colombianos y mexicanos. Pero si, por ejemplo, veo o escucho que me aproximo a personas a las que mi inesperada presencia pueda resultarles sorpresiva o desagradable, acentúo mis pasos para anunciar mi arribo.

No tiene sentido incomodar o asustar a nadie, ni mucho menos generar sospechas innecesarias de espionaje o algún tipo de intriga.

Hace años, cuando aún no estaba consciente de cómo se percibía mi comedimiento, viví un episodio algo embarazoso en la población de Pampanito, en el estado Trujillo.

Fui allí, enviado por el extinto Consejo Nacional de la Cultura (Conac), para dictar un taller de lectura en voz alta.

Dado que en Pampanito no había hotel y debía pasar allí tres días y dos noches, la promotora del taller me alojó en su casa. La habitación que me asignó fue la de su hijo menor, cuya cama estaba cubierta con un edredón estampado decenas de veces con el pato Donald, el ratón Mickey, Tribilín y las ardillas Chip y Dale. Estaba ubicada al fondo de la vivienda.

Como la cama era pequeña, al acostarme sobresalían mis pies de ella. Ello me obligó a dormir con las piernas encogidas, en forma de interrogación y a sentirme como cuentan que se sintió Charles de Gaulle en las camas de campaña estándar del ejército francés.

Aunque no me gusta cubrirme con edredones, recurrí esas noches a los personajes de Disney para mantener a raya las gélidas temperaturas de comienzos de febrero en Pampanito.

La primera mañana me levanté aún oscuro, ya que me sentía descansado. Me duché con agua caliente, me afeité y me vestí con calma.

Había convenido con mi anfitriona que mi desayuno lo encontraría a primera hora repartido entre la mesa del comedor, la nevera y el horno de la cocina, pues su hija –que trabajaba en Valera, la ciudad principal del estado Trujillo, aunque no su capital–, lo prepararía temprano, antes de salir para su trabajo.

Cuando llegué a la cocina, mi anfitriona se hallaba de espaldas a mí, concentrada en un sorbo de café que acababa de tomar. Pese al frío, llevaba como única vestimenta una pieza de ropa interior mínima a la cual, por su brevedad, popularmente se le había dado el irónico nombre de *hilo dental*. Decir que cubría alguna región de su cuerpo era una exageración.

En cuanto a belleza, mi anfitriona no parecía haber dado a luz tres veces. Es más, no imaginé al verla el día anterior que bajo la bata guajira verdeamarilla que portaba, escondía un cuerpo sin adiposidades.

Ante lo que era un momento de intimidad consigo misma, no supe si saludarla o devolverme a la habitación. Permanecí indeciso unos segundos. Vi la hora en un reloj ubicado a mi izquierda, y como faltaban cuarenta minutos para que pasaran buscándome para llevarme al local donde impartía el taller, opté por lo primero. Con la voz ligeramente engolada, saludé:

–¡Buenos días!

Cuando mi anfitriona se volvió y me miró, soltó un grito similar al de los filmes de terror; y terror era en verdad lo que había en sus ojos. Su desorbitada mirada daba a entender no nada más su sorpresa, sino que ignoraba quién yo era y qué hacía en el lugar.

A ese primer grito interminable siguió otro, después de inspirar aire con desesperación y retroceder dos pasos hasta el fregadero, donde dejó caer la taza de café. Era tanto su miedo que ni siquiera buscó cubrirse los pechos o el pubis con las manos.

Extrañado por su reacción y creyendo hallarme frente a una persona lastimosamente desequilibrada, traté de calmarla ofreciéndole disculpas y recordándole que mi presencia a esa hora se debía al taller que ella misma había coordinado.

Mi anfitriona dejó de gritar, pero al espanto original en sus ojos se sumó una expresión que, inexplicablemente, iba más allá del rechazo e incluso podía identificarse con el odio.

Aunque me pareció excesivo el sentimiento, lo atribuí al pudor, por haberla sorprendido casi desnuda. En vista de que no dijo ni hizo nada, solo mirarme como a un violador en potencia, retrocedí lentamente, hacia la habitación, para rehacer mi maletín y marcharme a la brevedad posible.

Entonces choqué con una segunda mujer, idéntica a la que se hallaba en la cocina, que provenía del pasillo al que me dirigía. Iba vestida con otra bata similar a la del día anterior, pero de color lavanda, con estampados verdes y azules.

Supe entonces que quien me hospedaba tenía una hermana gemela y que ésta había llegado de viaje a medianoche, por lo que ignoraba mi presencia en la casa.

Pese a que todo se aclaró, la gemela siguió molesta conmigo el resto de mi estadía, según afirmó, porque presumía de buen oído y no había escuchado mis pasos. También porque, según señaló, yo

la había visto desnuda y suponía que mi sigilo se debía a un acto de –cito–, *maquinada perversión*.

–¡Mamá, que en paz descanse, siempre decía –comentó–, que alguien a quien no se le sienten los pasos tiene pacto con el Diablo y algo malo está haciendo.

Con esta persona hubo un colofón de telenovela y es que, cuando dos días después me despedí de ella, así como de mi anfitriona y sus hijos, confesó que yo era *el vivo retrato* –también la expresión fue suya–, de un hombre con quien había vivido poco más de un año en Maracaibo y al que había dejado por diversas razones, entre ellas porque la maltrataba físicamente.

La organizadora nunca había visto a su cuñado y por ello no le llamó la atención el parecido. Durante el tiempo que su hermana convivió con él, ellas no se hablaron, precisamente porque mi invitante –enterada de la forma como él se ganaba la vida: contrabandeando drogas entre Venezuela y Colombia–, se había opuesto a tales amores.

La comida de la abuela

Hace algunos años, en 2005, me hallaba en Maturín, la capital del estado Monagas, llevado allí por la editorial de la mayoría de mis libros, para hablar en seis colegios, precisamente sobre ellos.

Mi estancia en la ciudad debió ser de cuatro noches y tres días pero, por un error de la persona que gestionó el hotel, solo tuve habitación la noche de mi llegada y las dos siguientes. Por eso, luego de salir del último de los colegios visitados, al inicio de la tarde del tercer día, me encontré prácticamente en la calle.

En la recepción del hotel me esperaba mi maletín, en posición de firmes, ajeno a ese extraño destierro al que me veía sometido. Era viernes y mi vuelo de retorno a Caracas estaba previsto para el sábado a media mañana.

Muy avergonzada, la promotora de la editorial en dicho estado intentó en principio cambiar mi vuelo para esa tarde, pero ninguna de las dos líneas aéreas que viajaban a Maturín tenía cupo. Ni siquiera le ofrecieron la ilusión de la lista de espera.

Tampoco consiguió que me restituyeran a la habitación donde había dormido las últimas tres noches, dado que todo el hotel estaba reservado para atletas –y sus familiares–, que participarían en unos juegos no recuerdo si nacionales o regionales.

Al salir, pasamos por más de diez hoteles, antes de conseguir otra habitación. Todos estaban igualmente reservados para los deportistas. Al fin, hallamos uno en las afueras.

Esto solo resolvió el problema de manera parcial pues, como el restaurante del hotel estaba cerrado por reparaciones, tanto el almuerzo y la cena de ese día, así como el desayuno del siguiente, tendría que hacerlos fuera de allí.

En cuanto a los pagos, tanto de la habitación como de las comidas, los cubriría la promotora y luego se los restituiría la editorial. Lo problemático eran los traslados, debido a que, si bien ella ofreció llevarme a restaurantes en las tres ocasiones, yo sabía que tenía dos niñas, la más pequeña nacida apenas cinco o seis meses atrás y en ese momento afectada por un virus.

Le dije que no se preocupara por mí, que me las arreglaría, y que los traslados los haría en autobús, ya que conocía la ciudad. Esto era cierto porque, a comienzos de los años setenta, tuve allí una novia a la que visitaba una o dos veces al mes.

Convinimos en que ella solo me buscaría al día siguiente, para llevarme al aeropuerto.

Por supuesto, Maturín había cambiado mucho en los últimos treinta años, pero no tanto como para perderme en sus calles. Poco después de que ella me dejara en el hotel, salí y tomé un autobús que iba en dirección al centro. Bajé cerca de la catedral.

Mientras caminaba, iba viendo dónde podría almorzar. Por ser vegetariano no debía meterme en cualquier lugar sino en uno donde pudiera encontrar qué comer. No soy vegano ni macrobiótico, por lo que consideraba que mis opciones de comer bien eran altas.

Tras caminar durante cerca de media hora, di en una esquina con el que me pareció el lugar perfecto: un comedero en una avenida ancha, con un letrero enorme auspiciado por la Pepsi Cola que decía:

LA COMIDA DE LA ABUELA

Coma como en su casa

Eran más de las tres y media de la tarde pero, como el local estaba abierto, entré.

Las cuatro mesas del lugar se hallaban vacías. Sin embargo, el suelo de cemento rojo estaba suficientemente gastado como para comprender que allí entraban muchas personas, lo cual era una excelente señal. Todo en el salón, aunque humilde, estaba muy limpio.

Me salió al paso una señora de unos sesenta y tantos años, con el cabello totalmente blanco y recogido en un moño.

Le expuse mi necesidad y al instante me dijo que no me preocupara, que ella sabía de vegetarianismo porque –cito–, *mi hija pequeña también me salió anormal*.

Me senté ante la mesa que se hallaba junto a la ventana mayor. Ésta daba a la avenida. Otra ventana, más pequeña, mostraba el comienzo de la calle lateral.

La mesa estaba cubierta por un mantel tradicional de rayas rojas y blancas entrecruzadas. Sobre éste se encontraban un servilletero pequeño de aluminio, un salero de vidrio con cubierta agujereada metálica, un dispensador de vinagre y aceite comestible, compuesto por una base y un mástil de aluminio, y dos pequeñas jarras de vidrio, a medio llenar.

Las paredes del comedero mostraban varios cuadros con imágenes playeras al óleo, en una de las cuales tres niños desnudos jugaban con las olas. Un plagio o un homenaje –vaya usted a saber–, de *Niños en la playa* de Joaquín Sorolla, pintado en 1910.

Esperé más de veinte minutos. Veinticinco tal vez. Me distraje leyendo *El Diario de Oriente* de ese día, que la señora me entregó antes de internarse en la cocina.

Salió de ella para colocar un plato vacío con cubiertos delante de mí, estos últimos envueltos en una servilleta blanca. En otro viaje trajo un vaso de vidrio y una jarra de jugo de lechosa.

Luego se presentó con dos bandejas contentivas de puré de papas, tajadas de plátano frito, ensalada mixta (tomate, lechuga y pepino) con aguacate, caraotas, arroz blanco y media docena de reba-

nadas de queso blanco. Las cantidades me parecieron exageradas. No parecían para ser consumidas por una sola persona, sino por una familia recién rescatada tras perderse una semana en la selva.

Comí, comí y seguí comiendo por lo que para mí fue mucho tiempo. Tenía hambre y creí que mi voracidad lo demostraba.

Sin embargo, cuando depuse el cuchillo y el tenedor, cruzándolos sobre el plato, como en una rendición, la señora se transformó en *La Abuela*.

–¡Mijo, pero no ha comido nada!

–¡Claro que sí –respondí, señalando las bandejas–, mire todo lo que...

No seguí alegando pues las bandejas, aunque parecían minas a cielo abierto, aún conservaban el rango de pequeñas montañas.

–¡Ya vi! –Apuntó la Abuela–. ¡Tiene que comer! ¡De aquí no sale nadie si no se ha comido todo lo que yo, con tanto gusto, le preparo!

–Pero, ya estoy lleno.

–¿Cómo va a estar lleno, si apenas ha comido?

–¡Estoy que reviento! ¡Todo estaba muy sabroso!

–¡Estaba no, está! ¡Me hace el favor y se come todo! ¡Tiene que dejar el plato limpiecito, como acabadito de lavar!

Aunque sentía que mi estómago no daba más, tomé otra tajada de plátano y la mordisqueé lentamente, al tiempo que intentaba, sin éxito, producir una sonrisa.

–¿Le sirvo un poquito más de caraotas y arroz?

–Está bien –balbuceé.

Nuestros conceptos de *poquito* diferían bastante. Sirvió dos porciones de cada alimento, como si pensara alimentar a un par de huérfanos recién llegados a un hospicio.

–Eso es mucho –señalé.

–¿Qué va a ser mucho si Raimundo, mi nieto que apenas tiene dos años, se come eso y repite?

Rumié la comida con tanta lentitud que cada bocado llegaba a mis labios, más frío. Lo que unos minutos atrás me había parecido delicioso, ahora me resultaba torturante.

–¡No ponga esa cara, que no se está tomando un veneno!

Traté de sonreír por segunda vez, pero los músculos que posibilitan ese gesto se acababan de declarar en huelga.

–¡Siga comiendo, no me haga ningún desprecio!

–¡No la estoy despreciando!

–¡Vamos, coma más y hable menos!

La Abuela se había sentado a mi lado y me aupaba a comer, asiéndome por el antebrazo derecho e impulsándolo en dirección a mi boca, cada vez que alzaba el tenedor.

–Beba ahora un poquito de jugo para que baje lo que se ha comido –puntualizó, mientras me entregaba el vaso lleno por tercera vez.

Después de ingerir dos tragos, volví a cruzar los cubiertos sobre el plato y entonces ella tomó el tenedor y con él algo de arroz y otro poco de caraotas:

–A ver, mi niño, cómase este bocadito... Abra la boquita, no sea malcriado... ¡Abra la boquita, le digo...!

La abrí.

No sé cuántos bocados tragué así, pero hubo un momento en que me sentí *groggy*, como si hubiese estado en un ring de boxeo y varios peleadores hubiesen practicado sus mejores golpes en mí.

La Abuela, sin embargo, no cejaba en su deseo de alimentarme.

–¡Abra la boquita, mi niño, que aquí viene el avioncito...! ¡Brrrrrruuuuuummmmm! ¡Así me gusta! ¡Ahora el trencito...!

Recuerdo haber adelantado mis brazos hacia la abuela, pero ella me los bajó de un manotón y tomó nuevas porciones, ya no de arroz y caraotas, sino de puré de papas, lechugas y tomates. Mientras yo masticaba, ella permanecía con el tenedor levantado a la altura de mis labios.

–¡Yo no sé cómo mi niño ha llegado a la edad que tiene, si no le gusta comer! ¡Vamos, abra otra vez la boquita...!

Ahora, cada vez que llevaba el tenedor a mi rostro, golpeaba suavemente mis labios en dos ocasiones, al tiempo que decía:

–¡Tun, tun! ¡Abran la puerta, que es gente de paz!

–¡Tun, tun! ¡Abran que llegó la comida!

–¡Tun, tun! ¡Hora de comer! ¡Vengan todos los denticos a comer!

En cierto momento, indiqué que ya la comida estaba fría:

–¡Si quiere, se le caliento otra vez, pero después se la come todita!

Dije que sí, tramando dejar el pago sobre la mesa e irme, de ser posible a la carrera, pero la Abuela también pensó en eso.

–¡Venga conmigo a la cocina! ¡De aquí no se me va hasta que haya dejado los platos como si los hubiera lamido un perro!

Me estaba incorporando, con mi sistema digestivo próximo al vómito volcánico, cuando al lugar entró una mujer de unos treinta años.

–¿Qué haces, mamá?

–¡Es que el señor es de mal comer! ¡Mira todo lo que le preparé y lo poquito que ha comido!

–¿Usted es vegetariano? –me preguntó.

Moví la cabeza afirmativamente.

Supe que ésta era la hija anormal como yo. Gracias a su divina intervención, creo que estoy vivo.

–¿Y lo está obligando a comerse todo?

Otra afirmación de cabeza.

–¡Mamá, no puedes hacer eso a cada rato! ¡Si la gente quiere dejar comida, que la deje!

Luego, dirigiéndose a mí:

–Yo vivo diciéndole que sirva raciones más pequeñas, pero nunca me hace caso: ella piensa que todo el mundo es como mi abuelo, que en paz descansa, que no comía en platos sino en bandejas ¡y aun así quedaba con hambre!

Mientras escuchaba hablar a su hija, la abuela tomó las dos bandejas, molesta, y se adentró con ellas en la cocina.

Mi salvadora ofreció llevarme en su carro al hotel, cuando vio que yo no estaba en condiciones ni siquiera de salir a la calle a esperar un taxi. Al subir a su auto, me vi en el espejo tras el protector de sol del puesto del pasajero. Estaba al borde del *knock-out*. Dos o tres granos más de arroz, otro bocado de puré de papas o una última hoja de lechuga me habrían conducido a un shock anafiláctico.

La mujer a la que debía mi vida se desbordó en disculpas por el comportamiento de su madre. Cuando le señalé que me había ido sin pagar, me dijo que no me preocupara, que ya lo había pagado entreteniéndome a su mamá.

—La pobre se sentía tan sola, después que murió papá, que entre mi hermana y yo le montamos ese negocio. La casa es de mi cuñado, que nos la alquila por casi nada, un precio simbólico. Como se habrá dado cuenta, mamá cocina muy rico y el comedor se llena al mediodía. Después de las dos, mamá no tiene nada que hacer, pero se queda por si llega alguien hambriento, así como hoy llegó usted.

Esto último formó en mi mente la imagen de una araña que, al fondo de su tela, aguarda sus presas, pero no para comerlas sino para alimentarlas.

Cuando estuvimos a poco más de cien metros de donde me llevaba, me dejó, alegando que era una mujer decente y no podía permitirse que la vieran llegar a un hotel conmigo.

Nos despedimos con un abrazo como de viejos amigos y, mientras el carro se alejaba, la vi mirarme por el espejo a su izquierda, como quien lamenta dejar en el pasado a alguien que hubiera quedado para su futuro.

Esa noche, por supuesto, no cené, y al día siguiente, en el aeropuerto, apenas bebí un vaso de jugo de naranja como desayuno.

Ahora, mientras escribía, se hizo la hora de almorzar y no he podido hacerlo.

Sudacas

La primera vez que fui a Madrid viví muchas cosas buenas, excelentes, pero también tuve algunas experiencias desagradables, la más inhóspita de las cuales tuvo que ver con la percepción que algunas personas –por fortuna, no todas–, tienen de quienes provenimos de los países suramericanos.

Tales personas nos llamaban y aún llaman *sudacas*, término despectivo que, según observo, tiende a caer en desuso, debido a la problemática situación económica de España y al volumen cada vez mayor de inmigrantes subsaharianos. El odio irracional está cambiando de dirección.

Ante la llegada indetenible de estos, la de los sudacas luce como un problema menor. De hecho, siento que se ha reducido el rechazo que suscitábamos y lo ha sustituido –al menos parcialmente–, la indiferencia.

El mismo día de mi llegada a la hermosa ciudad sede del mejor equipo de fútbol del mundo, el Real Madrid, me reuní en un café de la Gran Vía con tres amigos, todos venezolanos, entre ellos el ensayista Víctor Bravo, que luego seguiría conmigo para Salamanca.

No recuerdo el nombre de uno de los otros dos contertulios y por eso no menciono a ninguno. Ambos eran profesores universitarios en Venezuela, que se hallaban en España realizando estudios avanzados de postgrado. Víctor y yo habíamos sido invitados a un encuentro literario en la Universidad de Salamanca.

Mientras conversábamos, advertí que en la mesa contigua tres señores mayores, vestidos de gris –como los burócratas perversos de la novela *Momo*, del escritor alemán Michael Ende–, hacían comentarios despectivos acerca de nosotros.

Aparte de vernos como a seres inferiores, especímenes de una categoría entre bacterias y virus, sus miraban reflejaban un desprecio profundo, como si cada uno de los integrantes de nuestra mesa hubiese violado, asesinado, descuartizado, orinado y escupido a sus santas madres.

Entre las numerosas expresiones que escuché claramente, por ser mi silla la más próxima al trío, figuraron el mencionado plural *sudacas*, al que siempre añadían la expresión ultra infamante *de mierda*.

–*Monos, ¿qué se creerán estos monos?*

–*¿De qué cañería habrán salido estos monos?*

–*Arrastrados, porquerías que se creen civilizados* –entre otras lindezas.

Cuando decidimos marcharnos, comentó el más ácido de ellos que por fin volvíamos a nuestras pocilgas.

Mientras mis amigos salían, me devolví y encaré al terceto. En voz suficientemente alta para que me escucharan en todo el café les expuse la razón de nuestra estada en territorio español:

–¡Los cuatro monos que estábamos aquí somos profesores universitarios y vinimos a España invitados por su gobierno, para dictar cursos y conferencias en cuatro universidades! ¡Algunas carencias deben tener las universidades españolas para invitarnos a los sudacas de mierda a transmitirles nuestros conocimientos!

En efecto, uno de los presentes no mencionados estudiaba un doctorado en la Universidad de Granada y daba clases de pregrado allí mismo; el otro provenía de la Universidad de Sevilla y se hallaba en Madrid como conferencista invitado el siguiente fin de semana en la Universidad Complutense, de Alcalá de Henares. Víctor y yo seríamos huéspedes de la de Salamanca, dos días después, y luego él seguiría para la de Universidad de Murcia, donde se le esperaba para dictar un curso. Yo también recibí invitación para ofrecer un curso en esta casa de estudios, pero mis compromisos en Caracas me impidieron aceptar.

Durante la Guerra Civil Española, los inmigrantes venidos a nuestro continente fueron recibidos con gran cariño. Muchos de ellos se enriquecieron aquí, pese a venir como se dice popularmente, *con una mano adelante y la otra detrás*.

Los inmigrantes de cualquier país, al encontrarse en una nación que no es la suya originaria, por lo general ayudan al desarrollo de ésta, con su trabajo y el agradecimiento por la amorosa acogida.

Habitualmente, los inmigrantes se encargan de aquellas labores que los nacionales se inhiben de hacer, pero que son necesarias para el buen desempeño de las sociedades.

Algo similar ocurre cuando quienes emigran son los nuestros, los venezolanos, colombianos, ecuatorianos, dominicanos, peruanos, entre otros. Constituyen una fuerza de trabajo importante y nada desdeñable en todos los lugares a los cuales arriban.

Para los fascistas los inmigrantes son los culpables de todos los males de las sociedades donde medran. Usted puede reconocer a un fascista en estado puro simplemente escuchando sus comentarios xenófobos y racistas, impregnados siempre de nacionalismo obtuso.

Curiosamente, ese nacionalismo, esa xenofobia, la enfilan solo contra los más humildes, los que perciben débiles, lo cual demuestra que no hay nadie más cobarde que un fascista.

Obsérvese que ellos no consideran inmigrantes perjudiciales, ni tienen prejuicios racistas contra celebridades del deporte o la farándula provenientes de nuestro continente.

A ninguno de ellos y ellas se le ocurre tildar de sudacas o sudacas de mierda a Lionel Messi (argentino) o Shakira (colombiana). Como tienen dinero y fama, estos les preservan de tales calificativos.

Algo parecido sucede incluso con los inmigrantes africanos, a la mayoría de los cuales también tildan de *monos* o *negros de mierda*. Sin embargo, se exime de tales calificativos a quienes integran los

equipos profesionales de fútbol o basquetbol, ni por supuesto a actores, actrices, modelos y cantantes.

Es el doble rasero –valga la rima involuntaria–, que propone el *poderoso caballero*.

Yo, traductor

Estamos en Irlanda. Es el día 1º de agosto de 2013. Mi esposa y yo llegamos ayer a casa de mi hija y mi yerno.

Despierto a las 8:10. He dormido poco más de doce horas. Mi esposa despertó en la madrugada y volvió a dormir tras comer algo.

El *jet lag* nos afectó de modo diferente: a mí, con tal somnolencia que solo deseo dormir. A ella, con hambre. Ganas de comer a las horas en que lo hacemos en Venezuela.

Pretendo leer antes de levantarme. Hace frío y el día está nublado.

Un envoltivo sopor se apodera de mí. Los párpados me pesan como las cortinas de un viejo teatro. Decido dormir una hora más pero, cuando despierto nuevamente, ¡son las 12:30!

Tras el exquisito almuerzo, nos llevan al Castillo Bunratty, una construcción de 1425. El mismo ha sido restaurado y, a su alrededor, se ha levantado Folk Park, una recreación de cómo eran los pueblos irlandeses siglo y medio atrás.

Dicho pueblo cuenta con casas y edificios propios de la zona y de cualquier región irlandesa, regentados en la actualidad por hombres y mujeres contemporáneos, no por fantasmas como era de esperar.

El lugar es sencillamente hermoso. No tiene esa pompa falsa de Hollywood que tanto desmerita al mundo y lo convierte en una híper colorida caricatura. Simplemente, es y así se muestra.

Tiene sus falsedades, como es de esperar en cualquier parque temático, pero las mismas –un mobiliario que en su mayor parte nunca perteneció al palacio, ni al pueblo que lo circundaba–, no desentonan con la imagen de siglo XIX que se quiere ofrecer.

Los jardines, sin ser ostentosos, ni grandes maravillas, logran que el observador se familiarice con ellos y admire los magníficos

contrastes de colores entre las flores y la verde luminosidad del resto de las plantas. No lucen como jardines aristocráticos, excepto por su extensión. Las combinaciones de especies vegetales son las mismas que se aprecian en los otros lugares por donde hemos transitado antes de llegar aquí.

En el castillo propiamente tal, abundamos los turistas de distintas nacionalidades. Nos topamos con españoles, franceses y de distintos ámbitos británicos, además obviamente de numerosos irlandeses.

En cierto momento, vivo mi episodio chaplinesco del día.

No hablo inglés ni ningún otro idioma que no sea el español. Y éste no muy bien, porque cuando no sé o no recuerdo una palabra, la invento. Eso, según el parecer de muchas personas, no es correcto.

Volvamos a lo ocurrido.

Veníamos bajando las angostas escaleras que conducen a las torres del castillo, cuando una joven mujer me preguntó en inglés qué había más arriba.

–*¡Up, you can see very beautiful landscapes!* –le respondí, pletórico de orgullo porque no solo comprendí su pregunta sino que pensé la respuesta en inglés, aunque no estaba seguro de que fuera gramaticalmente correcta.

A la joven se le iluminaron los ojos. Se volvió hacia una señora mayor que subía tras ella y le dijo en español:

–¡Mamá, dice el señor que allá arriba y que se ven unos paisajes bellísimos!

Incursión en la clase alta

Solamente una vez... he usado esmoquin.

Fue en 1974, en el matrimonio de la segunda hija de mi prima I., en la lujosa urbanización caraqueña la Lagunita Country Club.

En los días previos, alquilé el traje en una tienda especializada en tal tipo de arriendo. También alquilaban disfraces, durante el Carnaval, y trajes de novia y primera comunión, a lo largo de todo el año.

Además, compré una corbata de lazo azul marino y gris que me quedaba ridícula. Esto no lo hice por masoquismo vestimental, sino porque la tarjeta de invitación lo exigía. Odiaba y aún odio las corbatas normales, las que lucen como lenguas cansadas para que los empleadores nos tomen y arrastren por ellas. Ni hablar de las pajaritas: es como portar una mariposa mecánica en el cuello.

Al principio, me negué a ir en esas condiciones, pero mi prima y su hija mayor insistieron tanto que no pude decirles que no.

El día de la boda me puse el traje que me hacía ver como un pingüino anoréxico –entonces era muy delgado–, y, al sumar el corbatín, semejaba un contador de chistes en un show benéfico presentado en un hotel de mala muerte.

Como con tal facha no podía viajar en transporte público –aparte de que hasta la Lagunita Country Club no llegaba ese servicio–, solicité un taxi. No podía esperar otra cosa, dado el lugar al que iba: me enviaron el taxi de peor presencia y funcionamiento que había en la línea.

Aunque salió de su estación ubicada a ciento cincuenta metros de casa, tardó diez minutos en llegar, no por el tránsito sino porque andaba como la protagonista de la canción revolucionaria mexicana “La cucaracha”.

Cuando vi la facha del vehículo –la pintura desconchada, sectores de la carrocería corroídos por el salitre y un faro delantero apagado, pese a ser ya de noche–, por asociación de ideas surgió en mi mente un dicho español muy antiguo, aplicable a mí en las circunstancias que vivía: *con qué se viste la cucaracha*. Tal dicho, de evidente carácter clasista, alude a la falta de propiedad en el vestir y a la incapacidad económica de quienes pretenden moverse en un ambiente social que no es el suyo.

El taxi demoró cerca de una hora en llevarme hasta la casa de I. Daba la impresión, por la velocidad a la que íbamos, de integrar el cortejo fúnebre de una tortuga o un perezoso. Para colmo, el taxista –un señor bastante mayor–, era parlanchín y amante del monólogo. Cada vez que yo trataba de intervenir en lo que creía una conversación, me interrumpía para añadir algo de lo cual se reía luego a carcajadas.

En ningún momento secundé su risa porque ni una de las cosas que expuso me pareció graciosa.

La boda propiamente tal se había realizado un rato antes, en la iglesia de la Chiquinquirá, a menos de diez cuabras de casa. No quise asistir porque nunca me ha gustado ese tipo de actos. No me refiero a los matrimonios, sino a esos torneos de vestimenta y chismografía a los que son tan afectas demasiadas personas.

Cuando arribamos a la Lagunita, nos sumamos a una fila de unos quince autos cuyos ocupantes también iban para la boda en casa de mi prima. Según observé, un camarógrafo, con un ayudante que sostenía una lámpara de las usadas por los reporteros de televisión, y una periodista provista de un micrófono, registraban la llegada de los invitados.

Delante de mi taxi, iba una limusina blanca cuya carrocería se hallaba tan pulida y encerada que reflejaba la Luna, las estrellas y los faroles de la calle por la que transitábamos.

De ésta descendió minutos después el escritor Arturo Uslar Pietri, compadre del esposo de mi prima. Su recibimiento fue apoteósico. Mientras ascendía por los seis peldaños blancos que constituían la escalera de entrada, al camarógrafo que ya se hallaba allí se sumó otro –con su respectivo ayudante de iluminación–, más tres periodistas con micrófonos: una chica que había estudiado conmigo y dos a quienes no conocía.

Las personas que se hallaban en la entrada, más otras que salieron de la mansión, lo aplaudieron y recibieron con apretones de mano y besos en las mejillas, según fueran hombres o mujeres.

Un vigilante me obligó a esperar que Uslar Pietri ingresara a la casa, para yo poder bajar del taxi. Con manifiesto desprecio me ordenó que no bajara del auto hasta que el doctor entrara a la casa. Me llamó la atención que tanto este vigilante como otros cinco que se movían entre los automóviles llevaban guantes blancos.

Cuando al fin pude abandonar mi coche de ratones no transformado por ningún hada, uno de los camarógrafos documentó mi llegada de mala gana, y no fui recibido por periodistas con micrófonos, ni siquiera mi ex compañera en Comunicación Social.

Entré a la casa, un palacete como de película, y a pocos metros se hallaba mi prima, quien me recibió con su habitual cariño.

–¡Qué bueno que viniste, primete! ¡Yo sé que a ti no te gusta este tipo de evento, y por eso nos sentimos muy contentos de tenerte aquí! ¡Pasa adelante y disfruta! ¡Por ahí hay varios amigos tuyos!

Ella y su hija mayor siempre utilizaron conmigo el epíteto *primete*, en sustitución de primo. Yo las llamaba por sus nombres y solo ocasionalmente les decía *primatas*.

Mientras recorría el interior de la casona, saludé a todas las personas con las que me topé, pero ninguna respondió. Por supuesto, eso me hizo comprender que yo padecía uno de los dos tipos de invisibilidad que existen: no la ocular sino la social.

Había tantos camareros con bandejas que no había un instante en que no viera o esquivara a alguno.

Distinguí entre la multitud que superpoblaba la casa a dos amigos, uno poeta y otro historiador, pero ambos parecían al borde de un coma etílico. El poeta se tambaleaba, como si un ventarrón de noventa kilómetros por hora atravesase el lugar. El historiador estaba achispado y su nariz y los pómulos estaban teñidos de rojo.

No me acerqué a ellos.

En un recodo que antecedió a otra sala también atiborrada de gente, tropecé con una chica bellísima, embutida en un traje de noche blanco que le quedaba como para un concurso internacional de belleza. Después de disculparme, dije algo que la hizo reír –no recuerdo qué–, y por invitación suya nos apartamos a un rincón no tan poblado a conversar. Dijo ser compañera de estudios de la novia.

Me preguntó si yo tenía algún parentesco con su compañera o si era amigo de la familia y respondí ser primo de I.

Sin que viniera al caso, su siguiente interrogante fue:

–¿Tú estás casado?

Como no lo estaba, negué y ella estalló en un ataque de repentina histeria. Mientras me gritaba, golpeó repetidamente mis brazos con sus manos:

–¡Mentira! ¡La dejaste en casa para ver si te levantabas a alguien en la fiesta! ¡Alguien linda como yo!

Francamente, me hubiera gustado conquistar a alguien como ella, en ese o en cualquier lugar del mundo, pero eso sí, si hubiese estado cuerda.

Un brillo desquiciado en sus ojos me hizo ver que o estaba drogada, borracha o venía así de fábrica. En ninguno de los tres casos, me interesaba.

Súbitamente, su ataque cesó. Entonces, sonrió tornándose mucho más hermosa.

Por un instante, me miró con extrañeza y luego, con el índice de su mano derecha me acarició la barbilla. Siguió por la mejilla izquierda y, cuando retiró el dedo de mi rostro, acercó el suyo y me besó fugazmente a un centímetro de los labios. A continuación, me guiñó un ojo y desapareció.

Pese a su marcha, el hombre macho varón masculino viril dentro de mí, se hinchó. Pensé que si así comenzaba la fiesta, la noche prometía bastante.

Pero eso fue todo. Debieron llegar no menos de cuatrocientas personas más en las dos horas siguientes. La casa estaba a reventar y los jardines –los enormes jardines que colindaban con los de otros caserones de igual o mayor tamaño, sin rejas separatorias–, parecían contener una multitud dispuesta a participar de un mitin político.

Pero una neblina que se fue apoderando de todos los espacios a la intemperie obligó a que la casi totalidad de los invitados se refugiara en la casa. Ello hizo que, en cierto momento, se tuviese la impresión de habitar un mundo –*brrrrr*, se me espeluzna el cuerpo al escribirlo–, atiborrado de ricachones reales y ficticios.

Imposible olvidar que imaginé la sala de un aeropuerto donde todos los presentes se atropellaban, en procura de un boleto aéreo para escapar de una futura revolución.

El dueño de casa –el esposo de mi prima–, había sido candidato presidencial un año antes, del partido fundado por Uslar Pietri. Obtuvo apenas el 0,14 % de los votos. Las ideas liberales de ambos solo beneficiaban a los empresarios e inversionistas nacionales y extranjeros –es decir, a quienes habían asistido a la fiesta–, en tanto al pueblo que le dieran.

Tantos ricachones y ricachonas juntos me atolondraron y, poco a poco y sin darme cuenta, me fui acercando a la puerta de entra-

da. O salida, según la perspectiva de llegar o irse. Me parecía que, estando allí, podría evadirme en cualquier momento.

Me paré a menos de dos metros de dicha puerta, junto a una cortina y un enorme espejo ovalado. Éste se hallaba más arriba de una mesa con cubierta de mármol, extrañamente vacía, como si el objeto que una vez reposó allí se hubiese quebrado recientemente y no lo hubieran repuesto.

Dos o tres minutos más tarde, arribó una pareja, cuyos integrantes, tan pronto superaron a quienes los recibieron –un camarógrafo y una chica que les dio la bienvenida–, se detuvieron en la entrada. Al advertir mi presencia y sin mediar palabras, me entregaron sus respectivos abrigos. Estos, por cierto, hechos con pieles animales, eran más para impresionar que para cubrirse. En Venezuela, salvo en los páramos andinos, el frío no amerita tales envoltorios.

–¡Ay, no sabía que I., tenía mayordomo! –exclamó la mujer, mientras me daba el suyo. La escuché, pese al bullicio de centenares o miles de voces, porque tanto ella como su acompañante, aunque alejándose, hablaron a gritos casi en mis narices.

–Debe ser solo por esta noche. ¿No ves que éste tiene cara de mayordomo alquilado? –conjeturó el hombre.

No sabía qué hacer con los abrigos y, por el momento, los coloqué en la mesa con cubierta de mármol. En ese instante llegaron otras tres personas: un hombre y dos mujeres que, sin mediar palabras, también depositaron sus abrigos en mis brazos.

Una de las mujeres se me quedó viendo con desconfianza, supongo que temerosa de que le robara la prenda. Se volvió y solo siguió su camino, abriéndose paso entre la multitud, cuando vio que me deshice de los tres abrigos, colocándolos en la mesa.

Por la parte acristalada de la puerta advertí que otra pareja descendía de un auto con chofer. Pretendí apartarme de allí, pero ha-

bía tanta gente que no avisté otro lugar donde ubicarme que ya no estuviera ocupado.

Para mi fortuna y como si nadara a contracorriente en un enorme flujo de carne perfumada, vi venir a mi prima.

–¿Qué haces ahí, primate?

–Lamentándome de que ésta es la primera vez que uso esmoquin y todo el que llega cree que soy tu mayordomo.

–Entonces, quítate de ahí.

–Es que ya me voy.

–¿Cómo? ¿Tan temprano?

–No me siento bien.

–Aquí hay varios médicos. ¿Qué tienes?

–Prima, no pertenezco a este sitio. Por eso no quería venir.

I., me miró con gran cariño, como a alguien desamparado, alguien a quien un grupo de rescatistas acabara de sacar debajo de toneladas de escombros, dos días después de un terremoto. Sonrió como solo saben hacerlo las madres ante sus hijos más díscolos y me abrazó.

Después salió conmigo a la entrada de la mansión e hizo llamar a un chofer. Mientras éste llegaba, volvió a abrazarme y me dio un beso en la mejilla derecha.

–¡Ay, primate! Quiero que sepas que estoy muy orgullosa del intelectual que eres. Me gustan tanto tus artículos de prensa que todas las semanas se los leo, en voz alta, a mis estudiantes.

El chofer solicitado se presentó y, con una mezcla de desgana y menosprecio, me llevó hasta un espacio, doscientos metros más adelante, donde había cientos de autos estacionados. Allí abordé una limosina negra y en ella llegué a casa.

Durante el trayecto pretendí hablar con el conductor, pero únicamente respondió a mis comentarios con *umjú* y *mmmm*. Cuando me dejó frente a mi edificio, le di las gracias y, por toda respuesta,

aceleró el vehículo y se marchó, dándome a entender con su actitud que yo no pertenecía al clan que servía.

Mientras veía alejarse la limosina, supe no solo que mi primera incursión en la clase social alta del país había concluido, sino también que iba a ser –como en efecto ha sido–, la única.

Amado calamar de tu inconstancia

Hace años dejé de ir al teatro. En Caracas, donde vivía, rara vez se presentaba una obra que valiera la pena. Aquí, donde resido, la situación es más precaria. Las dos obras a las que he asistido han dejado todo que desear.

Una, fue una pieza experimental de aficionados, tan horrible que mi esposa y yo huimos en el entreacto. La segunda, una lectura actualizada de varios capítulos de una de mis novelas. Soporté, con estoicismo, las casi dos horas de supuesto espectáculo y creo que mi rostro reflejó el desagrado ante lo que veía, pues ni los productores ni quienes actuaron quisieron enterarse oralmente de mi parecer.

Volviendo al teatro exhibido en Caracas, la mayoría de las salas presentaba y aún presenta obras comerciales, con actores y actrices de la televisión y guiones desbordantes de parlamentos y escenas de contenido pseudo sexual.

Se trata, principalmente de diálogos en los cuales –si participan dos hombres–, cada uno sugiere la homosexualidad del interlocutor o su condición de cornudo; y, si intervienen personajes de los dos géneros, ambos expresan el deseo de acostarse con quien hablan, nunca de un modo abierto o sincero sino a través de frases con doble sentido o palabras soeces, cuyo objetivo es la risa fácil.

Del otro lado y en menor cantidad, piezas teatrales etiquetadas como experimentales, para disimular la falta de talento de quienes escriben, dirigen y actúan. Tan experimentales que ni siquiera sus autores y directores tienen idea de lo que están haciendo o pretenden transmitir.

En la última a la que asistí, invitado por el director y su novia, hice como que iba al baño y me fugué del lugar, tras presenciar las escenas que resumo a continuación.

En la parte posterior del escenario se hallaba una pantalla en la cual, por retroproyección, se mostraban videos y fotos fijas, la mayoría, fuera de foco. En cierto momento, cuando las imágenes correspondían a un caballo blanco que galopaba en cámara lenta por la orilla de una playa, cuatro chicas provistas de trajes de baño enterizos blancos y grises, con agujeros estilo pordiosero en diversas partes del abdomen y la espalda, anegaron el escenario con baldes de agua.

A continuación, lanzaron los baldes al fondo, de donde fueron rescatados creo que mediante una pértiga negra, ya que parecieron arrastrarse uno a uno, por sí mismos, hasta desaparecer de la vista.

Las cuatro chicas iniciaron un baile sin la menor coordinación entre ellas. Se movían como anguilas a las que, repentina y milagrosamente, les hubiesen brotado dos patas y no supieran qué hacer con ellas. O como si estuviesen en un sartén y hubiesen saltado, inadvertidamente, hacia el fuego.

Minutos después se tiraron al suelo y comenzaron a retorcerse, dando la impresión de que intentaban secar el suelo con sus cuerpos.

Esto no duró mucho. De un instante al siguiente, las cuatro empezaron a girar hacia adelante y hacia atrás, mientras proferían gemidos lastimeros. Supuse que buscaban imitar el ir y venir de las olas, ya que el caballo continuaba su interminable galope al borde del mar. Me pregunté, ¿por qué los gemidos?

Estos no sonaban como olas rompientes en la costa, ni imitaban los jadeos de un acto sexual. Lo que se oía semejaba el lloriqueo desconsolado al que se abandonan algunas personas en las ma-drugadas, cuando casi no queda nadie en el velorio.

Tras no menos de doce giros en avance y retroceso, las chicas incorporaron otro movimiento a su estrambótica coreografía. Cada dos giros se alzaban y saltaban, como impulsadas por resortes, levantando el brazo derecho.

Podría pensarse que intentaban recrear una escena con delfines, pero no. A la tercera vez que hicieron esto, se sentaron en la posición que el *Kamasutra* denomina la “flor de loto”. De improviso, se presentó una quinta chica en escena –la novia del director–, que vestía una trusa verde sin agujeros. La mitad superior de su rostro estaba oculta tras un antifaz del mismo color. Sus brazos mostraban colgajos verdes que imitaban o pretendían imitar ramos de algas.

No sé qué simbolizaba este disfraz, pero parecía evidente que se trataba de un personaje marino.

Parecía.

Desde el momento de su ingreso, comenzó a oírse una versión instrumental de “Tú”, el merengue dominicano compuesto y cantado por Juan Luis Guerra.

La novia del director bailaba el merengue, a la par que azotaba a las cuatro chicas con un látigo hecho de cuerdas de nylon, terminadas en globos rojos de plástico. Cuando presuntamente las alcanzaba el látigo, las chicas proferían un gemido mezcla de aullido de lobo y cántico de ballena beluga.

Después de haber propinado a cada una cuando menos tres golpes, la recién llegada se detuvo en el centro del escenario y, señalando a un lugar en el público, dijo:

–¡Yo!

Siguió bailando el merengue hasta el borde izquierdo y, al detenerse de nuevo, gritó, mientras otra vez señalaba al público:

–¡Tú!

Otro fragmento de baile. Tercera parada y:

–¡Él!

Pensé que los siguientes minutos los ocuparía terminando de enumerar las personas verbales y, en efecto, eso hizo.

Tras decir ¡Ellos!, bajó el volumen del merengue hasta extinguirse. La novia del director abandonó el escenario, henchida de

orgullo, como quien se intuye ganador de un Oscar por un papel secundario.

Entonces entró un individuo alto, musculoso y panzón, con un traje enterizo y pegado al cuerpo, que imitaba la vestimenta de un arlequín. En los hombros, sobre la cabeza y en el trasero portaba plumas de avestruz. Lucía como un gallo alimentado con esteroides, que hubiese escapado segundos antes de un experimento psicótico nazi. Sobre su cabeza portaba además una corona de laureles, a la manera de un emperador romano.

Al verlo –y no era para menos–, las cuatro chicas originales se hicieron a un lado, espantadas.

El arlequín quería reflejar que no sabía por qué estaba allí y, no porque fuera buen actor, eso era lo que transmitía.

Las cuatro chicas comenzaron a dar carreras por el escenario, fuera del alcance del hombre, aunque éste las ignoraba y, cuando llegaban a cierto punto, se deslizaban por el suelo, con los brazos hacia adelante, formando ligeros pliegues en el agua derramada. Al tiempo que acometían este *desliz*, gritaban:

–¡Huiuuuuuu!

El gallo transgénico arlequín transitó por todo el escenario, de derecha a izquierda y en viceversa, dos veces. Al concluir la segunda vuelta, se detuvo poco antes de alcanzar el borde derecho del escenario y, como quien inicia un monólogo trascendental, soltó:

–¡Hécuba, Hécuba, tus solsticios me impregnan de caracolas!

Después espetó otros disparates parecidos hasta que, como si acabase de emitir frases sagradas, caminó sin dejar de dar el frente al público y se fue por donde había llegado. Si esperaba aplausos, se marchó decepcionado.

Cuando entró una mujer inusualmente pequeña y desusadamente rechoncha, trajeada entre walkiria y hada de Walt Disney, me escabullí. Sin embargo, desde el pasillo la oí decir:

–¡Lléname de tinta, padre Apolo, no me hagas suplicarte! ¡Lléname de tinta para ser el amado calamar de tu inconstancia!

Mi memoria, aclaro, no es tan buena como para retener semejante bodrio y menos algo como *amado calamar de tu inconstancia*. Antes de salir a la calle, en busca de un taxi que me alejara de allí cuanto antes, anoté estas líneas para algún día relatar esta abominación escénica.

Hace un rato encontré el apunte.

La dictadura del orden alfabético

Durante muchos años acepté como democrática la recurrencia al orden alfabético. Ya no.

Creo que tal forma de ordenar o establecer turnos no tiene nada de democrática. Es más, la considero una de las mayores formas de dictadura que hay en el mundo, dado que siempre ganan y pierden los mismos.

–Atendemos a las personas por estricto orden alfabético –y, por supuesto, como mi apellido comienza por S, me reciben al final de la tarde o a media mañana del día siguiente.

–Se pagarán los cheques en orden alfabético –y, claro está, con suerte, mi turno llega quince minutos antes del cierre de la oficina bancaria más próxima, que dista ochocientos metros. Como no tengo automóvil, dependo de la velocidad de mis piernas, de que nadie grite ¡Agárrenlo! y aparezca un policía, o del transporte público con sus consiguientes limitaciones y demoras.

–Se entregarán los regalos en orden alfabético –y siempre, cuando en el colegio me correspondía a mí, ya no quedaban juguetes y, si aún había alguno, no funcionaba o el que recibía estaba parcial o enteramente roto.

Por mi apellido, generalmente quedo en la penúltima o la antepenúltima fila de todo, ya que la S ocupa el puesto 20 entre las 27 letras de nuestro alfabeto. Tal posición pareciera más del centro que del final, pero recordemos que entre nosotros los apellidos con W, X e Y son infrecuentes.

La única ventaja que el orden alfabético tendría para mí la haría en el mundo castrense, en tiempos de guerra.

Si el oficial de turno ordenase, en orden alfabético, un ataque frontal contra un puesto desde el que disparan ininterrumpida-

mente, para cuando llegase mi turno habría una muralla de cadáveres detrás de la cual guarecerme.

Pero no formo parte de la milicia y alistarme solo para ampararme tras un muro de cuerpos exangües me parece absurdo y de muy mal gusto.

Si uno está en un barco a punto de naufragar y se informa que los botes salvavidas se deben abordar en orden alfabético, cuando corresponda a aquellos cuyos apellidos empiezan con S, lo más seguro es que no haya botes salvavidas, ni barco.

Claro está –y, ojo, esto no es un tonto consuelo–, lo mío es nada comparado con quienes tienen apellidos vascos como Zumalacárregui, Zurbarán, Zuzuárregui o Zuzunaga. Los dos últimos, al momento de enterarse de la catástrofe y del sistema de salvamento, simplemente admiten su inminente condena de muerte y refugian su resignación en sendas botellas de vino

Me duele pensar en las vicisitudes que padeció el gran escritor austriaco Stefan Zweig por culpa del orden alfabético. Y ni hablar de alguien llamado Zygmunt Zycinski que vi mencionado en una lista de artistas europeos hace años. Aunque supongo que uno se acostumbra –o acepta–, ser el último.

Hay quienes, por decencia, tratan de desfacer el entuerto apelando a un orden alfabético a la inversa. Primero, quienes tienen apellidos iniciados con Z y, de último, los que comienzan con A.

En tal caso, la dictadura se mantiene con aquellos que se encuentran en el medio –apellidos iniciados con M o N–, que jamás serán llamados a empezar algo o ser los primeros en recibir un obsequio que se esté entregando.

Para los sufridos Z, la inversión del orden puede resultar positiva, excepto si, por ejemplo, se les ordena transitar por un campo minado.

–¡Vayan primero los que tengan apellidos que empiecen por Z!
¡A ver, Zurutuza y Zuviría, un paso al frente!

–Adelante, Zyskowski y Zywicki! ¡La gloria los espera! –como si en vez de una fémina huesuda y espectral, la Gloria fuera una chica deslumbrante de cualquier color y lugar de Occidente o una hurí de ojos azules.

La del orden alfabético, como la mayoría de las dictaduras, es velada. Muy pocos la perciben como tal. Les he preguntado a mis amigos Zúñiga y Zavarce y ninguno coincidió con mi apreciación. Se han conformado con su ultimidad. Solo la ha advertido mi cuñado Zapata.

He intentado hacer una campaña para oponerme públicamente a dicha ordenación, pero como hay tantas personas que desean reclamar algo, me han pedido que me forme en una fila y que en la misma me acomode según el orden alfabético, lo cual me revuelve por dentro y por fuera. Lo peor es que me he agregado a la cola y esta crónica está concebida como el inicio de mi cruzada.

Obviamente, quienes me conocen me auguran un nuevo fracaso.

Pero, ¡qué más da! Otra causa por la cual pelear sin posibilidades de victoria, aparte de la defensa de los derechos de los cetáceos; la exigencia al gobierno de Israel para que reconozca que el país que domina, aflige y habita se llama *Palestina*; y la solicitud de otorgamiento humanitario del Premio Nobel de Literatura a mi persona.

El hombre del Saco

En mi infancia, a mí y a mis primos nos metían miedo con un señor que pasaba todas las tardes frente a nuestra casa, con un saco al hombro. Visto a la distancia, parecía el pescador con un bacalao a cuestas, símbolo de la célebre Emulsión de Scott.

Lo llamaban el Hombre del Saco y, apenas lo veíamos, nos ocultábamos a los lados de las ventanas o bajo el muro del balcón, procurando que, sin perderlo de vista, no advirtiera nuestra presencia.

Según se nos decía, este individuo de piel magra, con ropas azules del color del jabón para lavar ropa, llevaba en el saco a algún niño respondón o malcriado.

Tales niños iban a parar a una fábrica de jabón que quedaba en otro lugar de Caracas, donde el pequeño rebelde era echado –no se nos especificaba si vivo o muerto–, en el interior de una gran olla, en la cual hervían los diversos productos constitutivos del jabón.

Lo que el niño lanzado a la olla aportaba al elemento de limpieza resultante era su grasa corporal y, de acuerdo a las explicaciones que se nos daban a quienes ahondábamos en el asunto, el resto se utilizaba para fabricar comida de pollos y peces.

Todas las tardes, el Hombre del Saco pasaba entre las 5:30 y las 5:45 por la acera de enfrente y, en las ocasiones en que su mirada recorría la fachada de nuestra casa, nos decían que lo hacía porque alguno de nosotros se había portado mal y él intuía que allí había una futura presa.

Claro está que todos los días, alguno de nosotros daba motivo para que este aterrador individuo interviniera y por eso creíamos, sin la menor duda, que era cierto cuanto se nos decía de él.

Varias veces fui reprendido por hacer las que se consideraban preguntas molestas, pues había cosas que no me cuadraban: ¿por

qué el Hombre del Saco nunca se llevaba niñas, sino sólo varones? ¿Cuánto le pagaban por cada niño en la fábrica de jabón? ¿Recibía más dinero por un niño gordo que por uno flaco? ¿Por qué ningún niño había logrado escapar del saco, si no parecía difícil hacerlo? Si en el trayecto hasta la fábrica un niño juraba por su madre no volverse a portar mal en su vida, ¿el Hombre del Saco le daba otra oportunidad o igual lo llevaba a la fábrica de jabón? ¿Cuántos jabones se fabricaban con un niño? ¿Les pagaban algo a los padres que entregaban sus hijos al Hombre del Saco y, si lo hacían, les daban dinero o jabones? ¿El Hombre del Saco aceptaba informes de niños solo de adultos? Esta última porque había un abusador en el vecindario que nos golpeaba cada vez que le daba la gana y nos robaba las pelotas de béisbol, los balones de fútbol y hasta su bicicleta a una niña.

Un día, cuando ya tenía quince o dieciséis años, me topé una mañana en un autobús con el Hombre del Saco. Siempre vestido de azul y con un saco a su lado, era imposible confundirlo.

Mi curiosidad me condujo a sentarme a su lado.

Lo primero que me sorprendió fue su amabilidad y su voz comedida. Se hizo a un lado para cederme el puesto junto a la ventana y me dijo:

–Pase, joven.

Vi entonces que llevaba una radio portátil pequeña, de transistores, y que escuchaba un noticiero, con atención particular a las informaciones deportivas.

Como notó que yo lo observaba, comentó lo más reciente en torno al béisbol y, minutos después, hablábamos como si nos conociéramos de mucho tiempo. Bueno, yo sentía conocerlo de casi toda la vida y, hasta cierto punto, era verdad.

Resultó ser aficionado de los Leones del Caracas –llamados así y no *de Caracas*, porque el equipo no pertenece a la ciudad sino a la

asociación deportiva Caracas Baseball Club–, igual que yo y admirador de los mismos jugadores que para mí constituían el Olimpo.

En cierto momento de nuestra conversación, le pregunté en qué trabajaba y me enteré de que en un molino de maíz. Que en el saco movilizaba diariamente varios kilos de maíz sancochado, pertenecientes a varios vecinos suyos, que llevaba a moler por las mañanas y los traía en la tarde, con miras a hacer las arepas y empanadas del siguiente día. Entonces estábamos a pocos años de que se estableciera como producto indispensable de las casas venezolanas la harina de maíz precocida y molida que hoy todos conocemos y disfrutamos.

Fue justamente la aparición de este producto la que llevó a la quiebra de todos los molinos que había en las ciudades y pueblos de Venezuela.

Los vecinos del edificio donde vivía el Hombre del Saco, con su esposa y dos hijos, acudían a él por su servicio a domicilio, pese a que cerca de donde residían había dos molinos.

Supe que se llamaba José Manuel y que residía a poco más de doscientos metros de donde yo vivía. Su trabajo consistía en limpiar y reparar cualquier desperfecto de cuatro molinos de maíz que había al final de la avenida Baralt, por los alrededores del mercado de Quinta Crespo.

A partir de ese momento, cada vez que coincidíamos en la calle o en un autobús, nos saludábamos y hablábamos de béisbol o de atletismo, que era otro tema en común. Él me trataba como por lo general los individuos honrados y trabajadores tratan a los muchachos de su vecindario, es decir, como si de alguna manera fueran nuestros protectores o padres sustitutos.

Aunque nunca le dije que nuestros padres, tíos y abuelos lo usaban como personaje de terror, creo que estaba al tanto de ello, pues una mañana me hizo el siguiente comentario:

–Un día de estos dejo mi trabajo. Ya me cansé de parecer el Hombre del Saco.

Recordé todo lo anterior mientras leía la novela *Las batallas en el desierto*, del escritor mexicano José Emilio Pacheco.

Muchas vivencias a las que él alude en el libro coinciden con algunas de mi infancia y con la de la infancia de numerosos amigos y amigas.

La cercanía se da también con Orham Pamuk, el escritor turco ganador del Premio Nobel en 2006, según narra en su libro de memorias *Estambul*. Pese a las diferencias culturales entre Turquía y Venezuela, hay tantos elementos comunes que a muchos lectores nos parece haber tenido a Pamuk de vecino.

Vuelvo a la novela de José Emilio Pacheco. En ella figura el fragmento que cito y alude al barrio de Ciudad de México, donde transcurrió su infancia –Romita–, y donde residía un personaje parecido a nuestro ficticio Hombre del Saco, aunque sus *intenciones comerciales* eran distintas.

“Romita era un pueblo aparte. Allí acecha el Hombre del Costal, el gran Robachicos. Si vas a Romita, niño, te secuestran, te sacan los ojos, te cortan las manos y la lengua, te ponen a pedir caridad y el Hombre del Costal se queda con todo. De día es un mendigo; de noche un millonario elegantísimo gracias a la explotación de sus víctimas”.

La leyenda del Hombre del Saco proviene de España, según he leído, y en algunas regiones de este país la misma se confunde con la historia real de un asesino en serie vasco al que apodaban El Sacamantecas, dada la costumbre de mutilar a sus víctimas.

No se sabe a partir de qué momento el Hombre del Saco –a quien originalmente solo se le adjudicaba la tarea de llevarse a los niños que se portaban mal–, se le confundió con dicho asesino y se le dotó de un propósito comercial.

En España se decía que, con la grasa corporal extraída a los niños, se fabricaba un ungüento que curaba la tuberculosis.

Señor vampiro

Salí un mediodía a una diligencia personal y conversé en torno a la vejez con el taxista que me trasladó. Nos preguntamos y tratamos de respondernos: ¿cuándo se es realmente viejo?

Según me contó, su padre alegaba que a los cincuenta y dos años ya era un viejo que no podía trabajar todos los días. Y no es que tuviera una enfermedad en particular sino que, como los hipcondriacos, él amanecía cada mañana con una dolencia diferente.

–Creo que todavía le faltan algunos años para tener verdaderos achaques –fue mi comentario.

El taxista preguntó mi edad y, al indicársela, apuntó que, pese a ser mayor que su padre –le llevaba dos vueltas de calendario–, yo me veía más joven.

Convinimos en que la vejez no sólo es producto del paso del tiempo y el desgaste orgánico sino también de la actitud que se tenga ante la vida.

Por no ser qué asociación de ideas –supongo que la detonó la palabra *edad*–, recordé tres anécdotas que había vivido en igual número de colegios a los que había ido a hablar de mis libros. Una fue en San Antonio de los Altos, en el estado Miranda; otra en San Félix, estado Bolívar; y la tercera en San Cristóbal, estado Táchira.

Cada vez que mis lectores niños me preguntan la edad, digo como restándole importancia que 280, 460, o 720 años. Ignoro por qué utilizo esas tres cifras. Hasta donde sé, no tienen nada que ver con mi vida, ni siquiera en el plano esotérico. Supongo que lo hago para ver sus caras de asombro.

En el primer colegio respondí que tenía 280 años pero que estaba consciente de aparentar sólo 279 y once meses.

Entonces escuché a un niño de las últimas filas del salón comentar con su compañero de al lado:

–¿Ves? ¡Yo te dije que era un viejo!

En la escuela de San Félix señalé que tenía 460 años, a continuación de lo cual una niña me preguntó:

–¿Y qué tipo de dinosaurio tuvo usted de mascota?

La tercera anécdota ocurrió en un colegio de San Cristóbal –el Santa Bárbara–, durante mi visita en mayo de 2015. Es la única de la que tengo constancia de la fecha.

En uno de los salones donde tenía programado entrar a conversar, un niño de tercer grado quiso saber mi edad. Le pregunté:

–¿Qué edad crees que tengo?

–Ochenta años –contestó.

Me sorprendió porque casi siempre me calculan entre cincuenta y cincuenta y cinco. Solo otro niño, en una escuela de Los Teques, en el estado Miranda, me había calculado muchos más años de los que tengo. Creyó que tenía noventa. Y, por cierto, por ese día me sentí como si fuera cierto.

Al escuchar lo dicho por el niño tachirense, respondí:

–No, son más.

–Noventa –apuntó una niña.

–Más –insistí.

–Cien –señaló el que había preguntado.

A partir de ahí, todos los integrantes del salón intervinieron. Cada uno agregó diez o veinte años.

A la altura de 340 cerré el juego pues se hizo interminable y me esperaban en otro colegio. Confesé, muy serio, que tenía 720 años.

Una oleada de asombro recorrió todos los rostros pero, aparte de *guaos* y silbidos, no hubo otro comentario.

Antes de que me fuera, una niña que se hallaba en el pupitre que tenía más cerca preguntó, en voz apenas audible:

–¿Usted es un vampiro?

–¡Shhhh! –me puse un dedo sobre los labios-. ¡Sí, pero eso es secreto!

Respondí dos preguntas más y, cuando ya había abandonado el salón y me hallaba en la puerta del colegio, la misma niña corrió hasta donde me hallaba y me pidió tomarse una fotografía conmigo.

Por supuesto, accedí.

Tras tomar la imagen una amiga que vino con ella, la niña inquirió:

–Señor vampiro, ¿de verdad usted es un vampiro?

–Sí –afirmé con fingida franqueza.

–¿Me puede mostrar sus dientes? –dijo.

–No, no puedo –negué también con la cabeza–, mis colmillos solo aparecen por las noches.

–Y, señor vampiro, ¿me puede morder?

Me sobrepuse al asombro de su solicitud y contesté:

–¡No, mi cielo, todavía no tienes edad! ¡Uno se vuelve vampiro después de los dieciocho!

–¡Ah! –se conformó. Y con la misma energía con que hizo sus preguntas, se desinteresó del asunto y, junto a su compañera, regresó a su salón de nuevo a la carrera.

Me llamó la atención la naturalidad con que tomó mi supuesta condición vampírica. Creo que el cine y la televisión han banalizado tanto el horror que hoy le tememos más a lo cotidiano que a lo sobrenatural.

Taxista y cantante

Un día de 1964, a mis once años, fui a una exposición que se presentaba en el hoy desaparecido Palacio de las Industrias, en el sector Plaza Venezuela de Caracas.

No recuerdo si se trataba de una exhibición de orquídeas o de empresas e instituciones turísticas. Mi curiosidad por entonces no discriminaba fuentes de conocimiento y procuraba empapar-me de cualquier cosa que no supiera. Me gustaba ver, además, la conjunción de luces de colores y afiches que se colocaban en los múltiples tenderetes y, por qué ocultarlo, también a las chicas que contrataban para atenderlos.

Algunas de ellas eran de gran belleza y mirarlas allí las convertía en humanas, no en las diosas que se veían en los diarios, las revistas y el cine.

Lo importante de esta crónica no es dicha exposición, sino algo que me sucedió a la salida.

Había entrado con luz diurna pero, al momento de abandonar el lugar, ya era de noche y los faroles de la calle iluminaban tenuemente los alrededores.

Dado que aún no existía el metro caraqueño, fui hasta la parada de autobús que quedaba en la acera de enfrente, diagonal al Palacio de las Industrias. Desde allí podía verlo por entero, una construcción de sólo dos plantas que más tenía de galpón de lujo que de residencia palaciega.

Pero pasaron muchos minutos, más de treinta, y el único autobús que vi circular iba tan lleno que no se detuvo en la parada. Varios pasajeros ocupaban las escaleras de entrada y salida del vehículo y, en el interior de éste, los viajeros se apretujaban como en un envase de melocotones en almíbar.

Al principio, me preocupé. Era apenas mi tercera o cuarta salida en solitario por la ciudad en horas vespertinas y, francamente, no me gustaba andar en horas nocturnas por la ciudad. La zona donde vivía era relativamente tranquila pero, de vez en cuando, se producía algún acontecimiento que llegaba a las páginas rojas de los diarios. No quería ser el protagonista de ninguna.

En caso de necesidad podía regresar a pie, pero me tomaría cerca de dos horas de marcha atravesando espacios no muy recomendables entre Plaza Venezuela y la Candelaria. Tampoco era aconsejable el paso por Caño Amarillo ni la parte central de la avenida Sucre de Catia.

Pero mi preocupación duró poco.

No porque en ese momento arribara mi autobús, sino porque recordé que llevaba en mis pantalones diez bolívares para tomar un taxi, si lo consideraba necesario. Y vaya si lo era. Me los había entregado mi abuela, horas antes, cuando iba de salida.

Al salir de la exhibición, en la parada se hallaban más o menos dos decenas de personas. Para el momento en que decidí tomar el taxi, solamente quedábamos dos: una señora que iba para Antimano –entonces parroquia foránea de Caracas y cuyo autobús pasaba de hora en hora–, y yo.

Curiosamente, en veintitantos minutos no llegó más nadie a la parada y casi no pasaron autobuses. Tal hecho no parecía normal y me hizo sentir nervioso. Pero mientras a mí la situación me anclaba al lugar, observé que a la señora la tornaba inquieta. Caminaba de un lado a otro en los veinte metros, aproximadamente, que estaban reservados para la parada, igual a un animal de zoológico, desquiciado por los años de encierro.

En cierto momento se detuvo frente a mí y me preguntó la hora. Tras dársela, nos pusimos a conversar en torno a nimiedades, como hacia dónde nos dirigíamos, cuan demorados estábamos, que ha-

cíamos allí y en la vida. Advertí que si yo me sentía nervioso, ella lo estaba mucho más. Ella trabajaba en unas oficinas cercanas y la esperaban en casa su esposo y dos hijas.

Algo –supongo que el espíritu de la caballerosidad–, me decía que no debía dejarla sola y por eso esperé que llegara su transporte y subiera a él, antes de yo tomar un taxi. Había decidido que incluso si pasaba mi autobús, no lo tomaría, a menos que se sumara alguien más a la parada.

No me acuerdo del color del taxi que detuve, segundos después de que la señora se fuera. Sí que al preguntar cuánto costaba el viaje hasta la avenida Sucre de Catia, entre las esquinas de Gato Negro y Nacimiento, el conductor dijo:

–Diez bolívares –la cantidad exacta que llevaba.

Antes de subir, inspeccioné el bolsillo donde sabía que estaba el billete color ciruela en donde años después supe, como curiosidad, que figuraba George Washington. En la parte izquierda de dicho papel moneda y como parte de una medalla que lucía en el pecho el Libertador Simón Bolívar, aparecía una silueta en blanco del padre de la Independencia estadounidense.

Tan pronto me ubiqué en el asiento del pasajero, el conductor empezó a cantar. Lo hacía con excelente voz y buen ritmo. Para éste se acompañaba del golpeteo de sus dedos y la parte baja de las palmas en el volante.

Luego de dos canciones, me preguntó qué me parecían. En ese tiempo, no me gustaba la salsa y era fanático reciente del rock and roll, que había descubierto gracias a dos discos de 45 rpm de Los Beatles.

Sin embargo –lo cual era verdad–, las dos piezas que él había interpretado sonaron tan bien que me habían agradado. A manera de “recompensa” por mi aceptación, cantó otras tres y luego nos dedicamos a conversar.

Cuando ya estábamos cerca de donde yo iba, interpretó una sexta pieza que concluyó a media cuadra de mi destino.

Como donde yo vivía se encontraba en la acera opuesta a aquella por donde transitábamos, llegó hasta la esquina siguiente y giró en U, para dejarme justamente ante la puerta de mi casa.

Al bajar, le agradecí el traslado y las canciones y, al momento de pagar, se me ocurrió preguntarle su nombre. Su inolvidable respuesta fue:

–Oscar D’ León, con D mayúscula y apóstrofe.

Epílogo

Este libro obtuvo el Premio Nacional Stefania Mosca 2019, en la mención Crónica. Debido a que en casi todos los textos hay menciones y elementos que pudieron identificarme de antemano ante el jurado del concurso, decidí suprimirlos.

Hoy tales referencias están integradas a las crónicas y las mismas se presentan como fueron escritas originalmente.

Al inicio de la obra presentada al premio, figuró la siguiente *Advertencia*:

“En las crónicas que componen esta obra he suprimido nombres propios –de personas y lugares–, y algunas fechas, para no incumplir el aparte 5 de las bases del concurso. Tales omisiones serían subsanadas en caso de que el libro fuese publicado”.

He cumplido.

Índice

Introducción	6
Inundaciones y neveras	10
Golpe de Estado a mis bolsillos	21
Turbulencias	23
El niño del faro	27
Descuentos	30
Una novia llamada Charlot	32
Andares de felino	36
La comida de la abuela	41
Sudacas	49
Yo, traductor	53
Incursión en la clase alta	55
Amado calamar de tu inconstancia	63
La dictadura del orden alfabético	68

El hombre del Saco	71
Señor vampiro	76
Taxista y cantante	79
Epílogo	83

